BIBLIOTECA SEVILLANA

EL CABALLERO de la CASA ROJA.

Los suscritores á la BIBLIOTECA SEVILLANA, pagarán 3 rls. por tomo de mas de 200 pàginas, concluida la obra costarà á 4 rls.

BIBLIOTECA SEVILLANA.

EL CABALLERO

DE LA

CASA ROJA,

por

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO 4.

SEVILLA.
Imprenta de Gomez calle de las Sierpes n. 13,
junto al café del Turco.

CAPITULO I.

Las investigaciones.

No podemos dejar por mas tiempo en el olvido uno de los mas principales personajes de esta historia, el que ha sufrido mas en los acontecimientos acumulados en el capítulo anterior, y cuyos sufrimientos merecen escitar las simpatias de nuestros lectores.

Hacia un hermoso dia, y los vecinos de la calle de la Moneda estaban á las puertas de sus casas hablando tan alegremente como si nada sucediera, como si nò oscureciese la atmosfera de Paris una nube de sangre, cuando llegó Mauricio con el cabriolé que habia ofrecido llevar.

Dejóle al cuidado de un muchacho, y

entró en su casa con el corazon lleno de alegria.

El amor es un sentimiento vivificador: sabe animar los corazones muertos á toda sensacion, puebla los desiertos, presenta á los ojos la sombra del objeto amado, hace que la voz que canta en el alma del amante le muestre la creacion toda entera alumbrada por el dia luminoso de la esperanza y la felicidad: como al mismo tiempo que es un sentimiento espansivo, es tambien un sentimiento egoista, ciega al que ama para todo lo que no es el objeto amado.

Mauricio no vió aquellas mugeres ni oyó sus comentarios; no veia mas que á Genoveva haciendo los preparativos de un viaje que iba al fin á darles una felicidad duradera: no oia mas que á Genoveva cantando distraidamente su cancion habitual, y esta cancion zumbaba tan graciosamente en su oido, que hubiera jurado oir las diferentes modulaciones de su voz mezcladas con el ruido que hace una llave al cerrarse una puerta.

Al llegar Mauricio á la meseta de la escalera se quedó parado viendo entornada la puerta, cosa que no pudo menos de llamar la atencion porque la costumbre era que estuviese constantemente cerrada. Dirigió la

vista en torno suyo por si Genoveva estaba en el corredor, y como no la viese, entró en su cuarto, atravesó la antesala, el comedor; el salon y la alcoba; todas estas piezas estaban solitarias. Llamó, pero nadie contestó.

Como recordará el lector, el oficioso habia salido; Mauricio pensó que tal vez en su ausencia habria necesitado Genoveva alguna cuerda para atar los lios ó alguna provision de viaje, y que habria bajado para comprar estos objetos. Grande le pareció la imprudencia, y aunque comenzaba á inquietarse, todavia no sospechó nada de lo que era en realidad. Esperó paseándose de arriba à bajo y asomándose de vez en cuando á la ventana por donde entraban bocanadas de aire cargadas de lluvia.

No tardó en oir pasos en la escalera: fijó la atencion, pero al memento conoció que no era Genoveva: era el oficioso que subia con la pereza con que acostumbran à hacerlo las personas de su clase.

—Escévola! esclamó.

=Hola? eres tú, ciudadano? dijo el oficioso levantando la cabeza.

—Si, yo soy; pero dònde está la ciudadana?

=La ciudadana? repitó Escévola asombrado.

—Si, està abajo?

—No la he visto.

—Pues entonces baja, pregunta al portero, é infórmate de los vecinos.

—Voy al momento.

Y Escévola volvió á bajar al mismo paso con que habia subido.

—Mas de prisa! esclamò Mauricio; no ves que estoy en ascuas?

Cinco ó seis minutos estuvo esperando Mauricio en la escalera, pero no viendo llegar á Escévola volvió á entrar en su cuarto y se asomò á la ventana.

Entonces le vió entrar y salir en tres ó cuatro tiendas, y le llamó lleno de impaciencia.

El oficioso levantó la cabeza y vió á su amo asomado á la ventana y haciéndole seña para que subiese.

—Es imposible que haya salido, dijo para si Mauricio, y volvió á llamar á Genoveva; pero todo estaba en el mayor silencio, y aun la alcoba solitaria parecia no tener ya eco.

En aquel momento se presentó Escévola.

—Qué hay?le preguntó Mauricio.

Qué hay? solo el portero la ha visto.

=La ha visto el portero?

—Si, pero los vecinos no han oido hablar de ella.

—Dices que la ha visto el portero? Cómo ha sido eso?

—La ha visto salir.

=Conque ha salido?

—Asi parece.

=Sola? Es imposible que haya salido sola.

=No iba sola, ciudadano, iba con un hombre.

—Con un hombre.

—Asi lo dice à lo menos el ciudadano portero.

—Vé á buscarle: necesito saber quien es ese hombre.

=Escévola dió pasos hácia la puerta; pero volviéndose de repente dijo con aire pensativo.

—Aguardad.

—Qué? Qué quieres? Habla, me consumes.

—Tal vez sea el hombre que corrió detrás de mi.

—Ha corrido tras de ti un hombre.

—Si.

—Para qué?

=Para pedirme la llave de vuestra parte.

—Que llave, desventurado? Habla, habla.

—La llave de casa.

—Conque has dado la llave de casa á un estraño? esclamò Mauricio agarrando del

cuello á su oficioso.

—No se la he dado á un estraño, señor, sino á un amigo vuestro.

—Ah! si, á un amigo mio, bueno; seria Lorin, eso es, habrá salido con Lorin.

Y sonriéndose se pasó Mauricio el pañuelo por la frente bañada en sudor.

—No, no, señor, no es él, dijo Escévola; conozco muy bien á Lorin.

—Pues entonces quién era?

=Aquel ciudadano que vino un dia...

=Qué dia?

=Aquel dia en que estábais tan triste y que despues os pusisteis tan contento...

Escévola habia observado todas estas cosas.

Mauricio le miró con asombro; un frio mortal se apoderó de todo su cuerpo, y esclamó despues de un largo rato de silencio.

=Era Dixmer?

—Creo que si, ciudadano, contestò el oficioso.

Mauricio se dejó caer en un sillon, anublároнse sus ojos; y cuando los volvió á abrir, las fijó en el ramo de violetas que habia dejado Genoveva, se abalanzó á él esclamando.

—No hay duda, estas violetas son su último adios.

Entonces observó el jóven que la maleta

estaba medio hacia y la ropa tirada por el suelo entonces comprendió la verdad en su horrible desnudez, y fuera de si cerró la ventana que habia quedado entreabierta, tomó dos pistolas cargadas, que tenia dispuestas para su viaje, y las guardó en sus bolsillos.

Cogió en seguida dos cartuchos de luises que, á pesar de su patriotismo, habia creido conveniente guardar en una gabeta, y ciñèndose el sable llamó á su oficioso.

—Escévola, le dijo, creo que me eres leal: has servido á mi padre y à mi desde hace quince años.

—Si, ciudadano, contestó el oficioso sobrecogido de espanto al ver aquella palidez de mármol y aquel temblor nervioso que jamás habia observado en su amo, el cual pasaba con razon por el mas intrépido de los hombres, si, qué teneis que mandarme?

—Escucha; si la ciudadana que vivia aqui vuelve, recibela; cuando haya entrado, cierra la puerta, toma esa carabina, ponte en la escalera, y que no entre nadie en casa; si quieren forzar la puerta, defiéndete, hiere, mata, no tengas cuidado; yo acepto la responsabilidad de todo.

El acento del jóven y su vehemente confianza electrizaron á Escévola.

—No solo mataré, dijo, sino que me de-

jaré matar, si es necesario, por defender á la ciudadana Genoveva.

—Gracias. Ahora escucha. Esta casa me es odiosa, y no quiero volver á ella hasta que la haya encontrado. Si vuelve, coloca, si es de dia, en la ventana ese hermoso jarro del Japon con las margaritas que tanto queria. De noche pon un farol, de este modo podré informarme al pasar por la esquina, y hasta que no vea una ú otra cosa continuaré en mis investigaciones.

—Por Dios, sed prudente, ciudadano, esclamó Escévola.

Sin cuidarse de responder, Mauricio bajó la escalera como si hubiese tenido alas y corrió á casa de Lorin.

Imposible seria esplicar el asombro la cólera y la indignacion del digno poeta cuando supo aquella noticia; solo podrán nuestros lectores tener una idea de ello recordando las tiernas elegias que inspiró Orestes á Pílades.

—Es decir, qué ignoras donde está? decia repetidamente Lorin.

—Perdida! perdida! decia Mauricio con doloroso acento: sin duda el bárbaro la ha asesinado.

—No lo creas, querido Mauricio, no se mata á una mujer como Genoveva despues

de tantos dias de reflecsion: ademas, si el ánimo de su marido hubiera sido matarla, lo hubiera hecho en el acto, dejando el cadáver en tu casa como señal de su venganza. Lo mas seguro es que se habrá escapado muy satisfecho de haber hallado su tesoro.

=Tu no le conoces, Lorin, decia Mauricio: ese hombre tiene un no sé qué de funesto en su rostro.

—Creo que te engañas: á lo menos à mi siempre me ha parecido un pobre hombre. Tal vez si la quiere sacrificar se haga prender con ella, y en esto en mi concepto está el verdadero peligro.

Estas palabras redoblaban el delirio de Mauricio.

=Yo la encontraré, esclamaba, ó moriré!

—Por supuesto que la encontraremos, pero entre tanto cálmate. Todas las medidas tomadas sin reflexionar salen mal, y no se reflecsiona bien cuando no está la cabeza serena.

—Adios, Lorin, adios.

—Qué haces?

—Me marcho.

—Pero à donde? qué quieres hacer?

—Nada: esto es cosa que me interesa á mi solo, y yo solo debo arriesgar mi vida.

=Conque quieres morir?

—Estoy resuelto á hacer frente á todo: quiero ir á buscar al presidente de la junta de vigilancia: quiero hablar á Hebert, á Danton y á Robespierre, y se lo confesaré todo con tal de que me la devuelvan.

—Corriente, dijo Lorin.

Y sin hablar mas palabra se ciñó el sable, púsose su sombrero de uniforme, y como habia echo Mauricio, tomò dos pistolas y las guardó en sus bolsillos.

—Cuando quieras, dijo.

=Pero no ves que te comprometes? esclamó Mauricio.

—Y qué importa eso?

=Y á donde vamos primero? dijo Mauricio.

—Al cuartel consabido, calle de San Jacobo; despues acecharemos la Casa Roja; donde el esté, estará Dixmer, y por último, registraremos las casas de la calle de la Corderia. Ya sabes que se habla de trasladar á Antonieta al Temple, y hombres tan comprometidos como ellos no abandonan su empresa hasta que pierdan toda esperanza.

—Si, repitió Mauricio, en efecto, tienes razon... Crees tu que Casa Roja esté en Paris?

=A lo menos Dixmer está.

—Es verdad! es verdad! dijo Mauricio; se habràn reunido. Vamos.

Desde aquel momento se pusieron los dos amigos à buscar por todas partes; pero todo fué en vano. Paris es grande y su sombra muy espesa. Jamas sima alguna ha sabido ocultar mejor el secreto que el crimen ó la dèsgracia le confia.

Cien veces pasaron Lorin y Mauricio por la plaza de Greve, cien veces llegaron á la casita en que vivia Genoveva vigilada sin cesar por Dixmer como los sacerdotes antiguos vigilaban la víctima destinada al sacrificio.

Genoveva por su parte, viéndose destinada á perecer, aceptó como todas las almas generosas el sacrificio, y quiso morir sin ruido, ademas, ella temia menos por la causa de Dixmer que por la de su reina la publicidad que no hubiera dejado de dar Mauricio á su venganza.

Guardó pues, un silencio tan profundo como si la muerte hubiera sellado sus lábios.

Mauricio entretanto sin decir nada á Lorin habia ido à hablar á los individuos de la terrible junta de salvacion pública. y Lorin, por su parte, sin decir nada á Mau-

ricio, hacia las mismas diligencias.

Asi es que en el mismo dia trazó Fouquier Tinville una cruz roja al lado de sus nombres, marcados ya con la terrible palabra de sospechosos.

CAPITULO II.

El Juicio.

El dia 23 del primer mes del año segundo de la república, una é indivisible, correspondiente al 14 de octubre de 1793, segun el cómputo antiguo, se veian ocupadas desde muy temprano por una multitud de curiosos las tribunas del salon en que se celebraban las sesiones revolucionarias.

Los corredores del palacio y las avenidas de la Consergeria estaban llenas de espectadores curiosos é impacientes que se trasmitian unos á otros los rumores y las pasiones que les agitaban, como las olas se trasmiten su bramido y su espuma.

A pesar de la curiosidad que aguijaba á todos los espectadores, y tal vez á causa de esta misma curiosidad, cada ola de aquel mar agitado, oprimido entre dos barreras, la esterior que la impelia, y la interior que la rechazaba, guardaba una misma é invariable posicion en aquel continuo flujo y reflujo. Verdad es que los mejor colocados tenian la consideracion de referir lo que veian ó escuchaban á los que estaban detrás, y estos transmitian á los demas las palabras primitivas.

Cerca de la puerta del tribunal se disputaba un grupo de hombres amontonados diez lineas de terreno, porque con aquellas diez lineas podrian ver á los jueces y á los acusados.

Desgraciadamente ocupaba aquel recinto un hombre que con sus anchas espaldas y á codazos rechazaba las embestidas de los curiosos.

Aquel hombre inmóvil en el dintel de la puerta era jóven y hermoso, y á cada ataque de la multitud sacudia à manera de crin su espesa cabellera, bajo la cual brillaba una mirada sombria y resuelta, y luego que con la mirada y el movimiento rechazaba los obstinados ataques de la multitud, volvia á caer en su atenta inmovilidad.

Cien veces habia intentado derribarle aquella masa compacta, porque su elevada esta-

tura impedia ver nada por detrás de él; pero fué inútil toda tentativa; una roca no hubiera sido mas firme que él.

Sin embargo, al estremo opuesto de este mar humano, en medio de la agrupada multitud, otro hombre habia logrado abrirse paso con una perseverancia que rayaba en ferocidad; nada le habia detenido en su infatigable progresion: ni los golpes de los que dejaba atrás, ni las imprecaciones de los que ahogaba al pasar, ni los chillidos de las mugeres, que no escaseaban por cierto en aquella concurrencia.

A los golpes respondia con golpes, á las imprecaciones con una mirada que intimidaba á los mas valientes, y á los gritos con una impasibilidad que se asemejaba mucho al desprecio.

Por fin pudo llegar detrás del vigoroso jóven que, por decirlo asi, cerraba la entrada de la sala, y en medio de la atencion general, porque todos querian ver la escena que pasaba entre aquellos dos rudos antagonistas, y en medio, decimos de la atencion general, ensayó su método, que consistia en introducir entre dos espectadores sus codos como cuñas y en separar con su cuerpo los cuerpos mas íntimamente adheridos. Este hombre, sin embargo, era de baja estatura, y su rostro pálido y sus delgados miembros anun-

ciaban una constitucion tan raquítica, como energia revelaban sus hermosos ojos. Pero apenas tocó su codo al jóven colocado delante de él, cuando admirado este de la agresion se volvió vivamente levantando su puño para castigar al temerario.

Los dos antagonistas se encontraron entonces frente á frente, y al mismo tiempo lanzaron un grito, pues acababan de reconocerse.

—Ah! ciudadano Mauricio, dijo el delicado jóven con un acento de inesplicable dolor: dejadme pasar, dejadme ver, yo os lo suplico, y matadme despues si quereis.

Mauricio, pues efectivamente era él, se sintió penetrado de enternecimiento y admiracion al ver aquella abnegacion eterna, aquella voluntad indestructible.

—Vos aqui, dijo en voz baja, vos aqui, imprudente!

—Si, yo aqui, pero no puedo mas... Dios mio! está hablando! dejadme verla y oirla!

Apartóse Mauricio, y pasó el jóven, quien desde aquel momento no tuvo ya delante á nadie que le impidiese ver lo que con tanta ansia deseaba.

Aquella escena y los murmullos que ocasionó escitaron la curiosidad de los jueces.

Tambien la acusada dirigió la vista hácia aquella parte, y no pudo menos de estremecerse al reconocer al caballero.

El interrogatorio, dirigido por el presidente Harmand, interpretado por Fouquier-Tinville, y discutido por Chauveau-Lagarde, defensor de la reina, duró todo el tiempo que lo permitieron las fuerzas de los jueces y de la acusada.

En todo este tiempo permaneció Mauricio inmóvil en su sitio, al paso que se habian ya renovado los espectadores muchas veces en la sala y en las galerias.

El caballero habia encontrado un apoyo contra una columna, y alli permanecia mas pálido que el estuco en que se apoyaba.

Entretanto habia llegado la noche, y algunas velas, puestas en las mesas de los jueces y en candeleros clavados en las paredes, iluminaron con una luz siniestra y rogiza el noble rostro de aquella mujer que tan hermosa se habia presentado en las espléndidas fiestas de Versalles.

A las preguntas del presidente solo respondia la acusada con algunas palabras breves y desdeñosas, inclinándose de vez en cuando al oido de su defensor para hablarle en voz baja.

Su frente blanca y tersa no habia perdido nada de su altivez ordinaria. Llevaba el vestido de rayas negras que no habia dejado desde la muerte de su esposo.

Los jueces salieron de la sala para ir á votar, y concluyóse la sesion.

—Me he mostrado demasiado desdeñosa? preguntó á Chauveau-Lagarde.

=Ah! señora, respondió este, vos estareis siempre bien cuando seais vos misma.

—Qué orgullosa es! esclamó una muger del auditorio como si una voz del pueblo respondiera à la pregunta que la desgraciada reina acababa de hacer à su abogado.

La reina volvió la cabeza hácia aquella muger, la cual repitió al ver el ademan de la reina:

—Si si, digo que eres orgullosa, Antonieta, y que tu orgullo es el que te ha perdido.

La reina se ruborizò, y volviéndose el caballero hácia la muger que habia pronunciado aquellas palabras, le reconvino dulcemente diciendo:

=Era la reina.

Mauricio le cogió del brazo y le dijo en voz baja.

—Ea tened ánimo para no perderos.

—Oh! Mauricio, replicó el caballero, sois hombre y sabeis que hablais á otro hombre; decidme, decidme por Dios, creeis que se atrevan à condenarla?

—Estoy seguro de ello, dijo Mauricio.

—A una muger! esclamò Casa-Roja lan-

zando un suspiro.

—No, sino à una reina, replicò Mauricio, segun vos mismo acabais de decir.

Cogió entonces el caballero á Mauricio del brazo con una fuerza de que se le hubiera creido incapaz, y le dijo al oido.

—Pero qué habeis venido à hacer aqui, vos, que no teneis corazon de tigre?

—Ah! respondió Mauricio: he venido á averiguar el paradero de una desgraciada muger.

=Si, si, dijo Casa-Roja, á la que su marido arrojó dentro del calabozo de la reina, y que fué sorprendida á mi vista.

—Genoveva?

—Si, Genoveva.

—Conque Genoveva está presa y sacrificada por su marido! asesinada por Dixmer! Oh! abora lo comprendo todo! Caballero, contadme lo que ha pasado, decidme dónde la encontraré, porque esa muger es mi vida, lo entendeis?

=Ya os he dicho que la vi arrestar. Tambien yo queria librar á la reina: pero no habièndonos puesto antes de concierto, la perjudicaron nuestros proyectos en vez de salvarla.

—Y ni siquiera pudisteis libertar á vuestra hermana Genoveva?

—Podia hacerlo acaso; separándome de ella una reja de hierro? Ah! si hubiéseis estado allí, habriais reunido vuestras fuerzas á las mias, hubiera cedido la maldita barra y habriamos salvado á una y otra.

—Y qué se ha hecho de Dixmer? preguntó á Casa-Roja con furor mal reprimido.

—No lo sé; cada uno de nosotros se puso en salvo como pudo.

—Ah! dijo Mauricio apretando los dientes: si llego á encontrarle...

=Comprendo. Aun no podeis desesperar de la salvacion de Genoveva, al paso que la reina... Mauricio, vos sois un hombre de honor, teneis amigos, y podeis mucho... Ayudadme á salvar á la reina.

—Y os atreveis á pensar semejante cosa?

—Genoveva os lo ruega por mi voz.

—Oh! no pronuncieis ese nombre. Quién sabe si, como Dixmer, habreis sacrificado á esa pobre mujer!

—Cuando yo me adhiero á una causa, dijo el caballero con orgullo, me sacrifico solo sin comprometer á nadie.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala de las deliberaciones.

—Silencio, aqui estan los jueces que vuelven, dijo Mauricio sintiendo temblar la mano que Casa-Roja, pálido y vacilante, aca-

baba de apoyar en su brazo.

=Me falta el valor, dijo el caballero.

—Tened ánimo ó estais perdido, le contestó Mauricio.

Volvióse á llenar de gente el tribunal en cuanto entraron los jueces, y compareció de nuevo la reina, siempre noble, inmóvil y activa.

Sin palidecer, y con la mayor sangre fria, escuchó la sentencia de muerte.

Volvióse despues hácia donde estaba el caballero, y con una espresiva mirada le dió gracias por su lealtad y su heroismo: apoyóse despues en el brazo del oficial de los gendarmes que mandaba la fuerza armada, y salió del tribunal con dignidad.

Mauricio lanzó un suspiro y dijo para sí.

=A Dios gracias, no ha comprometido á Genoveva en su declaracion. Todavia hay esperanzas.

—Gracias á Dios, dijo el caballero, que todo se ha concluido, porque ya me faltaban las fuerzas para resistir mas.

—Valor! dijo Mauricio en voz baja.

—Sí, le tendré, respondió el caballero.

Y despues de haberse estrechado ambos la mano se separaron tomando cada uno diferente camino.

Volvieron á llevar á la reina á la Conser-

geria, y cuando entraba en ella dieron las cuatro.

Al llegar Mauricio al puente Nuevo le detuvo Lorin por el brazo.

=Aito ahi, le dijo, no pases adelante.

—Por qué?

—Dime primero á dónde vas.

=A su casa, porque ya sé dónde está Genoveva.

—Me alegro, pero no entrarás en tu casa.

—Por qué razon?

—Porque han ido dos gendarmes á prenderte.

—Pues por lo mismo quiero ir allá.

—Estàs loco? Y Genoveva?

=Es verdad. Y dónde vamos?

—A dónde hemos de ir? A mi casa.

—Y si te pierdo?

—Tanto mejor, contestó Lorin llevándoselo consigo.

CAPITULO III.

El Sacerdote y el verdugo.

Apenas entró la reina en su habitación cuando volvió del tribunal, tomó unas tijeras, cortóse sus largos y hermosos cabellos, los guardó en un papel y escribió encima: Para que se los repartan entre s mi hijo y mi hija.

Sentóse entonces, ó mejor dicho, se dejó caer en un sillon, y abrumada de cansancio, pues el interrogatorio habia durado 1 horas, se quedó dormida.

A las siete la despertó el ruido que hacia el biombo al abrirse, volvió la cabeza y vió un hombre, desconocido.

—Qué hay le preguntó.

Aproximóse á ella el desconocido, y saludándola como á una mujer cualquiera, la respondió:

—Yo me llamo Sanson.

La reina se estremeció y se levantó de su asiento. Aquel nombre solo decia mas que un largo discurso.

—Venis muy temprano, le dijo la reina; no podriais esperar un momento?

=No, respondió Sanson; me han mandado que venga ahora mismo.

Al pronunciar estas palabras dió un paso hàcia la reina.

Todo en aquel hombre y en aquel momento era espresivo y terrible.

—Ah! ya comprendo, dijo la prisionera, venis á cortarme los cabellos?

—Es necesario respondiò el verdugo.

—Ya lo sabia, dijo la reina, y he querido ahorraros esta molestia... Mis cabellos están en aquella mesa, y quisiera que fueran entregados á mis hijos esta tarde.

—Ese no es cuidado mio, replicó Sanson.

—Sin embargo, yo habia creido...

=Yo no tengo mas gajes que los despo-

jos de... las personas .. sus vestidos y sus joyas, y esto cuando me las dan voluntariamente; porque si no, pertenecen á los pobres de los hospitales, segun decreto de la junta de salvacion pública.

—Pero puedo esperar que serán entregados mis cabellos á mis hijos?

Sanson no respondió nada.

=Yo haré lo posible para que se cumplan vuestros deseos, dijo Gilbero.

La prisionera dirigió al gendarme una mirada de inesplicable reconocimiento.

—Unicamente venia á cortaros los cabellos, dijo Sanson; pero ya que os habeis anticipado, os dejaré, si quereis, un momento sola.

—Os lo suplico, respondió la reina, porque necesito orar.

Sanson hizo saludo con la cabeza, y se retiró.

En tanto que la reina se arrodillaba en una silla mas baja que las otras, y que le servia de reclinatorio, pasaba una escena de otro género, aunque no menos terrible, en el presbiterio de la iglesia de San Landry, en la Cité.

Acababa de levantarse el cura de la parroquia, y su criada le preparaba el desayuno, cuando de repente llamaron con vio-

lencia á la puerta del presbiterio.

Una visita imprevista en casa de un sacerdote anuncia aun en nuestros dias un importante acontecimiento; por lo regular se trata de un bautismo, de un casamiento in extremis, ó de una confesion por peligro de muerte; pero en aquella época podia anunciar una cosa mas grave, pues en efecto no se consideraba al sacerdote como el delegado de Dios, sino que tenia obligacion de dar cuenta de sus acciones á los hombres.

Sin embargo, el abate Girard era de los que menos podian temer, porque habia prestado juramento á la constitucion, pudiendo en él mas la conciencia y la probidad que el amor propio y el espíritu religioso. Sin duda admitia la posibilidad de un progreso en el gobierno, y deploraba tantos abusos cometidos en nombre del poder divino: asi es que, guardando fidelidad á su Dios, habia aceptado la fraternidad del régimen republicano.

—Id á ver, señora Jacinta, dijo, quién llama tan temprano, y si por casualidad vienen á buscarme para algun servicio perentorio, decidles que tengo órden de marchar al momento á la Consergeria.

La señora Jacinta se llamaba en otro tiempo Magdalena; pero habia aceptado un

nombre de flor en cambio del suyo, así como el abate Girard habia aceptado el título de ciudadano en vez del de cura.

Abrió la señora Jacinta la puerta, y entró un jóven muy pálido, muy agitado, pero de una fisonomía dulce y espresiva.

=Está el señor abate Girard? preguntó.

=Jacinta examinó los vestidos desordenados del jóven y el temblor nervioso de sus manos, y conociendo alguna desconfianza, contestó con sequedad:

—Aqui no vive ningun señor ni ningun abate.

—Perdonad, señora, replicó el jóven: queria decir el cura de la iglesia de san Landry.

La palabra «señora» que en aquella época no se hubiera dado á una emperatriz, chocó vivamente al ama del cura; sin embargo respondió:

—No se le puede ver, ciudadano; está rezando el breviario.

—En ese caso esperaré, contestó el jóven.

—Pues esperareis inútilmente, replicó la señora Jacinta, á quien aquella obstinacion confirmaba en el mal juicio que habia formado desde un principio: digo que esperareis inútilmente porque le han llamado á la Consergeria y vá á salir al momento.

=Conque era verdad! dijo á media voz

el jóven poniéndose pálido.

Despues prosiguió en voz alta:

—Pues justamente ese es el motivo que me trae á casa del ciudadano Girard.

Y á pesar de la vieja y de sus amenazas, echó los cerrojos á la puerta y se entró hasta la habitacion del abate. Cuando este le vió lanzó una esclamacion de sorpresa.

=Perdonad, señor cura, dijo inmediatamente el jóven: tengo que hablaros de un asunto interesante; haced que quedemos solos.

El anciano sacerdote conocia por esperiencia los signos interiores de las grandes pasiones, y leyó sus estragos en la livida frente del jóven.

—Dejadnos, Jacinta, dijo al ama.

El jóven siguió con la vista y lleno de impaciencia al ama del cura que acostumbrada á participar de todos sus secretos, vacilaba en retirarse: al fin cerrò la puerta y dijo el desconocido:

=Señor cura, sin duda vais á preguntarme quien soy, y voy á deciroslo: soy un hombre proscripto, soy un hombre condenado á muerte, que no vivo mas que á fuerza de audacia; soy el caballero de la Casa Roja.

Asustado el abate dió un salto en su sillon.

=No temais nada, continuó el caballero, nadie me ha visto entrar aqui, y los que me hayan visto no me reconocerán, porque he cambiado mucho en dos meses.

—Pero en fin, qué quereis ciudadano? preguntó el cura.

—Es verdad que vais ahora mismo á la Consergeria?

—Si, me ha enviado á llarmar el conserge.

—Sabeis para qué?

—Para algun enfermo, para algun moribundo ó para algun sentenciado.

—Vos lo habeis dicho, si: una persona sentenciada os espera.

El anciano sacerdote miró al caballero con asombro.

—Pero sabeis quién es esa persona? replicó Casa Roja.

—No.... no sé.

—Pues bien, esa persona es la reina.

El abate lanzó un grito de dolor.

=La reina, Dios mio!

Si, señor, la reina. Me he informado quien era el sacerdote que deberia asistirla, y en cuanto he sabido que érais vos, he venido à vuestra casa.

—Qué quereis de mi? dijo el sacerdote asustado del acento febril del caballero.

—Quiero.... No quiero nada, señor; vengo á imploraros, à rogaros, á suplicaros...

=Qué?

—Que me introduzcais con vos en el cuarto de S. M.

=Etais loco! No conoceis que os perdeis y me perdeis al mismo tiempo?

—Nada temais.

—Pobre muger está sentenciada, y ya no hay remedio para ella.

=Lo sé; no es para salvarla para lo que quiero verla; es... Pero escuchame, padre mio. Vos no me escuchais!

=No os escucho porque me pedis una cosa imposible; no os escucho porque estais loco, porque me asustais.

—Tranquilizaos, padre mio, dijo el jóven haciendo por calmarse, no estoy loco. Bien sé que la reina está perdida; pero haced que me postre á sus plantas aunque no sea mas que un minuto, y esto me salvarà la vida; si no la veo estoy decidido á quitármela, y vos habreis dado muerte á mi cuerpo y á mi alma.

=Hijo mio, replicó el sacerdote, me pedis el sacrificio de mi vida, y aunque soy viejo, todavia es necesaria mi existencia à

muchos desgraciados: no veis que, á pesar de mis años, si yo fuese á buscar la muerte cometeria un suicidio?

—No os negueis, padre mio; necesitareis un acólito; pues bien yo lo seré: llevadme con vos.

El cura hizo un esfuerzo por recobrar la firmeza que ya empezaba á vacilar.

—No, respondió, esto seria faltar á mis deberes; he jurado la constitucion, y la he jurado con mi alma y con mi conciencia. La pobre mujer condenada es una reina culpable; daria mi vida si pudiese ser útil á mi prógimo, pero no quiero faltar á mi deber.

—Pero cuando os digo, esclamó el caballero, cuando os afirmo y os juro que no quiero salvar á la reina! mirad, sobre el evangelio, sobre este crucifijo os juro que no voy á la Consergeria para impedir su muerte.

—Pues entonces, què quereis? preguntó el anciano conmovido por aquel acento de honda desesperacion.

—Escuchadme, dijo el caballero: la reina fué mi bienhechora, y seria un consuelo para ella verme en su hora postrera.

=Y es esto todo lo que quereis?

=Todo.

—No tramais alguna conjuracion para tratar de salvar á la condenada?

—Ninguna; soy cristiano, padre mio, y si hay en mi corazon una sombra de mentira, si espero que viva, si trabajo para ello de cualquier modo que sea, que Dios me castigue con su eterna maldicion.

=No, no, yo no puedo prometer nada, dijo el cura pensando en los muchos y grandes peligros de tamaña imprudencia.

Escuchad, padre mio, dijo el caballero con el acento del mas profundo dolor; os he hablado como un hijo sumiso; no os he manifestado mas que sentimientos cristianos y de caridad; ni una palabra amarga ni una amenaza ha salido de mi boca, y sin embargo, mi sangre hierve, la desesperacion me destroza el alma y estoy armado de un puñal. Miradlo!

Y el jóven sacó de su pecho una hoja brillante y fina que despidió un reflejo lívido en su mano trémula.

El cura retrocedió rápidamente lleno de espanto.

—No temais nada, le dijo el caballero con una triste sonrisa; cualquiera otro en mi lugar hubiera exigido de vuestro miedo un juramento, sabiendo lo fiel observador que sois de vuestra palabra. Pero yo no

quiero valerme de tales medios: os lo suplico solo encarecidamente, haced que la vea, aunque sea solo un instante, y tomad en garantia.

Y sacó de su bolsillo un billete que presentó á Girard.

Este lo abrió y leyó las siguientes palabras:

«Yo Renato, caballero de la Casa Roja, declaro en nombre de Dios y de mi honor que he obligado al digno cura de San Landry con amenazas de muerte á llevarme á la Consergeria á pesar de su repulsa y de su viva repugnancia. En fé de lo cual firmo.—El caballero de la Casa Roja.

=Está bien, dijo el sacerdote; pero juradme que no cometereis ninguna imprudencia: no basta que se salve mi vida; soy responsable tambien de la vuestra.

—No pensemos en eso, dijo el caballero: consentis?

—Será preciso, puesto que os obstinais en ello. Me esperareis en la porteria, y la vereis cuando pase á la alcaidia.

El caballero cogió la mano del anciano y la besó con tanto respeto y fervor como habia besado antes el crucifijo.

=Oh! murmuró: al menos morirà como una reina, y no la tocará la mano del verdugo.

CAPITULO IV.

La carreta.

Apenas logró Casa Roja arrancar al cura de San Landry su permiso para acompañarle á la Conserjeria en calidad de acólito, entró en un gabinete entreabierto, que era la pieza de vestir del abate, y viendo sobre una mesa dos navajas de afeitar, cogió una, y en un momento se echó abajo la barba y los bigotes, pudiendo ver entonces toda la horrible palidez de su rostro.

En seguida volvió á la sala donde estaba el cura, tranquilo en la apariencia, como si olvidase que podrian conocerle en la Conserjeria á pesar de la desaparicion de su barba y bigotes.

Siguió pues, con la mayor serenidad al abate, á quien habian ido á buscar dos soldados, y con esa audacia que aleja toda sospecha, entró por la reja que daba comunicacion en aquella época al patio del palacio de Justicia. Por supuesto iba vestido de negro, aunque de seglar, como el abate, porque los hábitos sacerdotales estaban abolidos.

En la alcaidia encontraron mas de cincuenta personas entre empleados de la cárcel, comisarios y diputados, esperando ver pasar á la reina.

Latió su corazon con tanta violencia cuando estuvo frente al postigo, que ni siquiera oyó lo que habló el abate Girard con los gendarmes y el conserge.

Un hombre que tenia en la mano unas tijeras y una melena de pelo recien cortada chocó con Casa Roja al entrar. Volvióse este ràpidamente y reconoció al verdugo.

—Qué quieres, ciudadano? le preguntó Sanson.

El caballero trató de reprimir la turbacion que le causaba á pesar suyo aquel encuentro y contestó:

=Yo! ya lo ves ciudadano Sanson, vengo acompañando al cura de San Landry.

—Bien, replicó el ejecutor.

Y se separó para dar sus órdenes á su criado.

Casa Roja atravesó sin detenerse la Consergeria, y llegó hasta la habitacion en que estaban los gendarmes.

Aquellos buenos hombres estaban consternados: pues asi como la reina habia sido digna y orgullosa con los demas, habiase mostrado bondadosa con los los gendarmes que parecian mas bien criados suyos que guardias.

Desde alli no podia ver el caballero á la reina porque el biombo que se habia abierto para que entrase el abate se habia cerrado en seguida. Sin embargo, pudo oir la conversacion ya empezada.

—Señor, decia la reina con voz altiva, puesto que habeis prestado juramento à la República, en cuyo nombre se me condena á muerte, me será imposible tener confianza en vos. Nosotros no adoramos al mismo D'os.

=Señora, respondió Girard muy conmo-

vido con aquella desdeñosa profesion de fé, una cristiana que vá á morir debe olvidar en ese supremo momento todo motivo de ódio y rencor, y solo debe pensar en Dios, cualquiera que sea la forma bajo que se le presente.

Casa Roja lanzó un suspiro y trató de abrir el biombo esperando que cuando le viese la reina y supiera la causa que allí le llevaba mudaria de modo de pensar respecto al abate; pero le detuvieron los dos gendarmes.

=Soy el acólito del cura, les dijo al verse detenido en su marcha.

=Puesto que rechaza al cura, dijo Dufresne, para nada necesita á su acólito.

—Entrando yo tal vez le acepte, dijo el caballero alzando la voz.

Pero Maria Antonieta estaba muy preocupada para oir y reconocer la voz del caballero.

—Marchaos, señor, continuó aquella dirigiéndose á Girard; puesto que ahora vivimos en Francia bajo el régimen de la libertad, dejadme morir á mi gusto.

Quiso Girard dirigirla una palabra: pero le contestó con un ademan propio de Maria Teresa:

—Dejadme: yo lo quiero.

—Al salir el cura entraba el ayudante del verdugo con los cordeles en la mano. Los dos gendarmes rechazaron hàcia la puerta al caballero antes que hubiese podido dar un grito ó hacer un movimiento para realizar su designio. Encontróse, pues, con Girard en el corredor de la porteria. Desde aqui fueron rechazados hácia la alcaidia, donde ya se habia esparcido la noticia de la negativa de la reina, y donde el orgullo austriaco de Maria Antonieta era para algunos el testo de groseras invectivas y para otros asunto de secreta admiracion.

—Volveos á vuestra casa, dijo Richard al abate, puesto que os rechaza, dejadla que muera como quiera.

—Toma, dijo la mujer de Richard, tiene razon, yo haria lo que ella.

—Y hariais mal, ciudana; dijo el abate.

—Cállate muger, dijo el conserge en voz baja: que te importa á ti eso? Hasta mas ver, señor abate.

—No repitió Girard, no; la acompañaré aun cuando no quiera; si me oyera una sola palabra bastaria para recordarla sus deberes; ademas, el ayuntamiento me ha dado esta comision y debo obedecerle.

=Sea asi dijo brutalmente el comandante de la fuerza armada; pero despacha á tu sacristan.

Era aquel un cómico llamado Granmont.

Los ojos del caballero brillaron con un fuego súbito y siniestro, y metió la mano en su pecho.

Girard sabia que llevaba un puñal, y le detuvo con una mirada suplicante.

—Por Dios, mirad lo que haceis, le dijo al oido, mirad que todos nos comprometemos; os juro que la hablaré de vos en el camino, y la diré cuanto habeis arriesgado para verla por última vez.

Estas palabras calmaron la efervescencia del jóven: ademas, principiaba á sentir aquella reaccion que se verifica en todas las naturalezas violentas. Aquel hombre de una voluntad heróica, de un poder maravilloso, sentia ya agotadas sus fuerzas: irresoluto, vencido y fatigado, luchaba con una especie de soñolencia que hubiera podido tomarse como la precursora de la muerte.

=Es verdad, dijo para si, no puede ser de otro modo; la cruz para Jesus, y el cadalso para ella: Dios y los reyes beben hasta las heces del cáliz que les presentan los hombres.

El resultado de aquel pensamiento de resignacion é inercía fué que el jóven se dejó rechazar sin mas defensa que una especie de gemido involuntario hasta la puerta de

la calle, sin oponer mas resistencia que Ofelia cuando destinada á la muerte se veia arrebatada por las olas.

Al pie de las rejas y de las puertas de la Conserjeria se apiñaba una de esas muchedumbres que espantan, y que nadie puede imaginarse sin haberlas visto una vez por lo menos.

La impaciencia dominaba á todas las pasiones, y todas las pasiones hablaban en su lenguaje, que confundiéndose, producia un rumor inmenso y prolongado como si todo el ruido y toda la poblacion de Paris se hubiesen reconcentrado en el bárrio del palacio de Justicia.

Delante de aquella multitud estaba acampado un ejército entero con sus cañones, destinados á proteger la fiesta y dar seguridad á los que habian ido á gozar de ella.

Imposible era atravesar aquella espesa fila que se engrosaba por momentos á medida que llegaba la noticia de la sentencia á los oidos de los patriotas de los arrabales de Paris.

Rechazado Casa Roja de la Conserjeria, se encontró naturalmente en la primer fila de soldados, que le preguntaron quién era. Habiéndoles respondido que era el teniente del cura Girard que, como juramentado, habia sido rechazado por la reina del mismo

modo que el cura, le empujaron los soldados á su vez hasta la primera línea de espectadores.

Obligado á responder alli lo mismo que habia dicho á los soldados, se levantó por todas partes un grito universal.

=Este la ha visto... Qué dice?... Qué hace?... Está siempre orgullosa?... Está abatida?... Llora?...

El caballero respondió á todas aquellas preguntas con una voz á la vez dulce y triste, como si aquella voz fuese la última manifestacion de su vida.

Su respuesta era la verdad pura y sencilla: pero aquella verdad era un elogio de la firmeza de Antonieta, y lo que él decia con la sencillez y fé de un evangelista causó la turbacion y el remordimiento á mas de un corazon.

Cuando habló del jóven Delfin y de Mme. Real, de aquella reina sin trono, de aquella esposa sin esposo, de aquella madre sin hijos, de aquella muger, en fin, sola y abandonada, sin un amigo, en medio de los verdugos, mas de una frente se cubrió de tristeza y mas de una lágrima furtiva y abrasadora apareció en los ojos animados poco antes por el ódio.

Dieron las once en el reloj del Palacio y en aquel momento cesó todo rumor. Cien

mil persoaas contaban la hora, y á cada campanada respondia un latido de su corazon.

Luego que se perdió en el espacio la vibracion de la última campanada, oyóse un grande estruendo, al mismo tiempo que se vió por entre la multitud una carreta que venia del lado del muelle de las Flores acompañada de un piquete de soldados.

No tardó en aparecer la reina en el átrio de la Consergeria, fijándose en ella todas las miradas. Sus cabellos, cortados, se habian blanqueado durante su cautiverio, y este matiz argentado hacia mas delicada la palidez amacarada que en aquel momento supremo realzaba y hacia casi celestial la hermosura de la hija de los Césares. Hallábase vestida de blanco, y traia las manos atadas á la espalda.

Cuando se mostró asi á los ojos de los espectadores, trayendo á su derecha al cura Girard, que la acompañaba à pesar suyo, y á su izquierda al verdugo, ambos vestidos de negro, salió de la apiñada muchedumbre un murmullo que Dios solo, que lee en el fondo de los corazones, pudo comprender y reasumir en una verdad.

Pasó entonces un hombre entre el ejecutor y Maria Antonieta. Era Grammont que iba á mostrar á esta la innoble carreta. A pesar de su habitual serenidad no pudo me-

nos la reina de retroceder espantada.

—Subid, dijo Grammon.

Todo el mundo oyó esta terrible palabra, porque la emocion tenia entonces suspendido todo murmullo en los lábios de los espectadores.

Encendiéronse de un vivo carmin las mejillas de la reina; pero casi al mismo tiempo recobró su rostro su palidez mortal. Entreabriéronse sus marchitos lábios y dijo:

—Por qué me dan á mi una carreta cuando el rey fué al cadalso en su coche?

Entonces el abate Girard le dijo al oido algunas palabras con objeto sin duda de combatir en la sentenciada aquel último grito del orgullo real.

La reina guardó silencio y estuvo á punto de caer desfallecida. Sanson alargó sus dos brazos para sostenerla, pero Maria Antonieta logró enderezarse y recobrar su aliento antes que el verdugo la hubiese tocado.

Bajó, pues, con paso seguro la escalera, mientras que el ayudante del verdugo afirmaba un banquillo detrás de la carreta. La reina subió á ella y el abate lo verificó en seguida.

Cuando la carreta principió á moverse, se notó gran movimiento en el pueblo; pero como al mismo tiempo ignorasen los soldados con qué intencion se verificaba el mo-

vimiento, reunieron todos sus esfuerzos para rechazar á la multitud, quedando por consiguiente un gran espacio vacio entre la carreta y las primeras filas.

En este tiempo resonò un ahullido lúgubre.

La reina se estremeció y poniéndose en pié miró en torno suyo.

Entonces vió á su perro, que hacia dos meses se le habia perdido; á su querido perro, que no habia podido penetrar con ella en la Conserjeria, y que en aquel momento, á pesar de los puntapiés y los golpes que le daban, queria lanzarse á la carreta; pero muy en breve, el pobre Blak estenuado de fatiga, desapareció bajo los pies de los caballos.

La reina le siguió con la vista sin poder llamarle porque el ruido cubria su voz, y sin poder señalarle con el dedo, porque tenia las manos atadas; ademas inútil hubiera sido pedirle, porque no se le hubieran dado.

Despues de haberle perdido un momento de vista, volvió á verle por fin.

Pero entonces estaba en los brazos de un jóven pálido que dominaba la multitud, subido encima de un cañon, y que con una exaltacion indecible la saludaba mostrándola el cielo.

Maria Antonieta miró tambien al cielo y

se sonrió culcemente.

El caballero de la Casa Roja exhaló un gemido como si aquella sonrisa le hubiese desgarrado el corazon, y viendo que la carreta daba la vuelta al puente del Change, desapareció entre la multitud.

CAPITULO V.

El cadalso.

En la plaza de la revolucion esperaban dos hombres al pié de un farol. Lo que esperaban con la multitud, parte de la cual se habia dirigido á la plaza del palacio de justicia y parte á la de la Revolucion, repartiéndose el resto tumultuosamente por todo el camino que ambas

plazas separaba, era que llegase la reina hasta el instrumento del suplicio, que gastado por la lluvia y el sol, por la mano del verdugo, y cosa horrible! por el contacto de las victimas, dominaba con orgullo siniestro á todas aquellas cabezas como una reina domina á su pueblo.

Aquellos dos hombres que, agarrados del brazo, con los lábios lívidos y el ceño fruncido, hablaban quedo y por intérvalos, eran Lorin y Mauricio.

Perdidos entre los espectadores, y situados, sin embargo, en muy buena posicion, continuaban en voz baja una conversacion que no era la menos interesante de todas aquellas conversaciones que serpenteaban en los grupos, que, parecidos á una cadena elécrica, se agitaban desde el puente del Change hasta el de la Revolucion.

La idea que hemos espresado à propósito del cadalso dominando todas las cabezas era la que en aquel momento embargaba toda su atencion.

=Ves, decia Mauricio, como ese mónstruo repugnante levanta sus brazos encarnados? No parece sino que nos llama, y que su sangrienta abertura le sirve de boca para reirse de nosotros.

—Pues yo, amigo mio, no soy partidario de esa escuela de poesia que lo vé todo

de color de sangre. Yo lo veo de color de rosa, y al pié de esa máquina cantaré y esperaré: Dum spiro, spero.

—Esperas cuando se mata á las mujeres!

=Mauricio, hijo de la revolucion, no reniegues de tu madre. Sé un patriota bueno y leal. Mauricio, la que vá á morir no es una mujer, ó á lo menos no es una mujer como las demas mujeres; la que va á morir es el mal genio de la Francia.

—No es á ella á quien yo siento, no es á ella á quien lloro, esclamó Mauricio.

—Ya comprendo, es á Genoveva.

—Mira, me vuelve loco el pensar si la pobre Genoveva estará en poder de esos proveedores de la guillotina que se llaman Hebert y Fouquier Tinville, de esos hombres que enviaron al cadalso á la pobre Sofía, y que ahora envian á la orgullosa Maria Antonieta.

—Pues eso es justamente lo que me hace esperar que luego que la cólera del pueblo satisfaga la voracidad de esos dos tiranos, se aplacará al menos por algun tiempo, como el boa que tarda tres meses en dirijir lo que devora. Entonces ya no se tragará á nadie, y, como dicen los profetas de los arrabales, tendrá miedo hasta de su sombra.

—Lorin, Lorin, dijo Mauricio, yo soy

mas positivo que tú, no tengo inconveniente en decirte, y lo diria á voces si fuese necesario: ódio á la nueva reina, que me parece destinada á suceder á la austriaca, á quien vá á destruir. Oh! es una reina terrible la que tiene por púrpura la sangre que diariamente se derrama y á Sanson por primer ministro.

—Bah! pero podemos librarnos de ella.

—No lo creo, dijo Mauricio meneando la cabeza, bien sabes que no tenemos otro recurso que vivir en la calle para que no nos arresten en nuestra casa.

=Pues con todo eso podemos dejar á Paris, puesto que nadie nos lo impide. No nos quejemos; mi tio nos espera en Saint-Omer, y dinero y pasaporte no nos faltará. Si permanecemos aqui es porque queremos.

=Lo que tu dices no es exacto, querido amigo; quien permanece aqui porque quiere eres tú, y te quedas solo porque yo me quedo.

—Y tu quieres quedarte por ver otra vez á Genoveva. Pues bien, tienes razon, es la cosa mas natural del mundo. Piensas qne está presa, cosa muy probable, y quieres estar á la mira para velar sobre ella y para eso es preciso no salir de Paris.

—Te acuerdas de la muerte de Luis XVI? le dijo Mauricio. Yo era entonces uno de los gefes de aquella multitud en cuyos pliegues me escondo en el dia. Mas grande era yo al pié de aquel caldalso que jamás habia sido el rey que subia á él. Qué cambio, Lorin, y mas cuendo se piensa que solo nueve meses han bastado para producir esta terrible reaccion!

—Nueve meses de amor, Mauricio!..... Amor, tu perdiste á Troya!

Mauricio suspiró, y su pensamiento tomó otro giro, como si viese otro horizonte.

—Pobre Casa Roja? murmnró, hé aqui un dia bien triste para él.

—Quieres que te diga lo que veo mas triste en las revoluciones?

—Si.

—Que muchas veces son tenidos por amigos algunos á quienes se querria tener por enèmigos, y vice-versa.

—Una cosa es lo que yo no podré creer.

--Cuál?

—Que no invente algun proyecto, por mas insensato que sea, para libertar á la reina.

—Cómo quieres que un hombre sea mas fuerte que cien mil?.

=Ya te he dicho que el proyecto seria insensato; lo que si aseguro es que yo,

por salvar á Genoveva....

Lorin frunció el ceño y añadió.

—Vuelvo á decirtelo; tu te estravias. Perochito, que hay una porcion de gentes escuchándonos, alli tienes al criado de Sanson; ya llega la austriaca.

Efectivamente, un estremecimiento prolongado y creciente, como una de aquellas ráfagas de viento que principian por silbar y concluyen por mujir, circuló por aquella ondulante multitud.

Empináudose entonces Mauricio con el auxilio de la columna que sostenia el farol, miró hácia la calle de Saint-Honoré.

=Es verdad, dijo estremeciéndose:

Efectivamente, principiaba á aparecer otra máquina casi tan repugnante como la guillotina, la carreta.

A derecha é izquierda brillaban las armas de la escolta, y delante iba Grammont contestando á sablazos á los gritos de algunos fanáticos: pero á medida que se aproximaba la carreta se iban estinguiendo estos gritos ante la mirada fria y serana de la sentenciada.

Jamás fisonomia alguna impuso mas enérgicamente el respeto, jamás Maria Antonieta habia sido mas grande y mas reina, llevando el orgullo de su valor hasta el punto

de infundir en los espectadores ideas de terror.

Indiferente á las exortaciones del abate Girard, que contra su voluntad la habia acompañado, su frente no oscilaba ni à derecha ni izquierda; solo el movimiento de la carreta, causado por la desigualdad del piso, la sacaba de su inmovilidad. Cualquiera habria podido equivocarla con una estàtua de mármol conducida en una carreta à no ser por el brillo que animaba sus ojos.

Un silencio sepulcral reinó entre los trescientosmil espectadores de aquella escena que el cielo veia por primera vez á la luz del sol.

Entretanto llegó la carreta al pie del cadalso. Al verle la reina, paseó su altiva mirada por la multitud, y el mismo jóven palido que antes habia visto subido en un cañon se la presentó de pié en un guarda canton.

Desde alli la dirigió el mismo respetuoso saludo que antes la habia dirigido al salir de la Consergeria, y en seguida se bajó del puesto adonde se habia encaramado.

Muchas personas le vieron; y como estaba vestido de negro, se esparció el rumor de que un sacerdote habia esperado á Ma-

ria Antonieta para obsolverla en el momento de subir al cadalso.

Por lo demas, nadie inquietó al caballero. En los momentos supremos hay un respeto supremo para ciertas cosas.

La reina bajó con precaucion las tres gradas de la banqueta, siempre sostenida por Sanson, quien hasta el último momento guardó á la sentenciada los mayores miramientos.

En tanto que la reina marchaba al suplicio, se encabritaron algunos caballos, oscilaron algunos soldados de á pié y perdieron al parecer el equilibrió; despues se vió deslizar una sombra por debajo del cadalso; pero casi en el acto se restableció la calma; nadie quiso abandonar su puesto en aquel momento solemne, nadie quiso perder la menor circunstancia del drama que iba à representarse, y todas las miradas se fijaron en la sentenciada.

Ya estaba la reina en la plataforma del cadalso: el sacerdote continuaba dirigiéndole algunas palabras de consuelo: un ayudante la impelia suavemente hácia atrás, y otro desataba la pañoleta que cubria sus hombros.

Al sentir Maria Antonieta aquella mano infame en su cuello, hizo un movimiento

brusco y pisó á Sanson, que, sin que ella lo viese, estaba ocupado en atarla á la plancha fatal.

—Perdonadme, le dijo la reina: no lo he hecho de intento...

Estas fueron las últimas palabras que pronunció la hija de los Césares, la reina de Francia, la viuda de Luis XVI.

Las doce y cuarto dieron en el reloj de las Tullerias en el momento en que Maria Antonieta entraba por las puertas de la eternidad.

Un grito terrible, un grito que reasumia todas las pasiones: alegria, espanto, desolacion, esperanza, triunfo y espiacion, cubrió como un huracan otro grito débil y lamentable que en el mismo momento resonaba debajo del cadalso.

Sin embargo, le oyeron los gendarmes, y se adelantaron á ver lo que era; entonces la multitud, como un torrente que rompe el dique que le contenia, atropelló las guardias, vino como una marea á chocar contra los pies del cadalso que se conmovió con aquel embate.

Todos deseaban ver con ánsia los restos de la dignidad real que para siempre se creia destruida en Francia.

Pero los gendarmes buscaban otra cosa: aquella sombra que habia traspasado su línea

y deslizándose por debajo del cadalso.

Dos de ellos volvieron trayendo asido del cuello á un jóven que estrechaba contra su corazon un pañuelo teñido en sangre.

Seguiale un perrito fino de lanas ahullando tristemente.

—Muera el aristócrata! Mura el noble! gritaron algunos hombres del pueblo señalando al jóven: muera, que ha mojado su pañuelo en la sangre de la austriaca!

—Gran Dios! dijo Mauricio à Lorin, le conoces?

=Muera el realista! gritaron las mujeres: quitadle, arrancadle ese pañuelo, que sin duda piensa guardar como una reliquia.

Una orgullosa sonrisa asomó por un momento á los lábios del jóven, rasgó su camisa, descubrió su pecho y dejó caer el pañuelo.

=Señores, dijo, esta sangre no es de la reina, sino mia: dejadme morir tranquilo.

Y enseñó una profunda herida debajo de la tetilla izquierda.

La multitud lanzó un grito y retrocedió aterrada.

Entonces, debilitándose el jóven, cayó de rodillas mirando el cadalso como un mártir mira el altar.

—Casa Roja! dijo Lorin al oido de Mauricio.

Adios, murmuró el jóven bajando la c

beza con una sonrisa divina, adios, pronto nos veremos.

Y espiró en medio de los guardas estupefactos.

—Eso es lo que se debe hacer, Lorin, dijo Mauricio, antes que ser mal ciudadano.

El pobre perro entretanto no cesaba de dar vueltas al rededor del cadáver, olfateando y ahullando lastimeramente.

—Calla! es Blak, dijo un hombre que tenia un tremendo garrote en la mano; ven aqui, viejecito mio.

Corrió el perro hácia el que le llamaba; pero apenas estuvo cerca de él, levantó su baston y le aplastó la cabeza, soltando una gran carcajada:

—Miserable! esclamó Mauricio.

—Silencio, murmuró Lorin deteniéndole, silencio, ó estamos perdidos, porque es Simon.

CAPITULO VI.

La visita domiciliaria.

Lorin y Mauricio habian vuelto á casa del primero. Para no comprometer Mauricio á su amigo, habia adoptapo la costumbre de salir por la mañana y no volver hasta la noche.

No habiendo podido averiguar en qué casa estaba encerrada Genoveva, salia todos los dias á ver la traslacion de los presos á la Consergería, por si la casualidad se la presentaba al paso; porque desde su visita á

Fouquier Tinville le habia hecho comprender Lorin que la primera gestion ostensible que hiciera le perderia miserablemente y seria sacrificado sin haber podido socorrer á Genoveva, y Mauricio, que se habria dejado encarcelar en el acto por la esperanza de reunirse á su querida; se hizo prudente por el temor de verse separado para siempre de ella.

Todas las mañanas iba desde los Carmelitas á Puerto-Libre, desde las Madalonnettes á S. Lázaro, de la Fuerza á Luxemburgo, y se estacionaba delante de las cárceles para ver salir las carretas que llevaban los acusados al tribunal revolucionario. Despues de haber pasado revista á las victimas marchaba á otra cárcel.

Pero pronto conociò que la actividad de diez hombres no bastaria á vigilar las treinta y tres prisiones que París tenia en aquella época, y se decidió á ir al tribunal, esperando ver llegar á él á Genoveva, lo cual no dejaba de ser un principio de desesperacion, porque en efecto, ¿qué recursos quedaban á un reo despues de la sentencia? Algunas veces el tribunal que comenzaba las sesiones á las diez habia condenado á veinte ó treinta personas en cuatro horas; el primer condenado gozaba de seis horas de vida, pero el último sentenciado á las cuatro menos cuarto, daba

su cabeza al hacha del verdugo á las cuatro y media por tanto, resignarse á sufrir semejante suerte para Genoveva era, ó confesarse vencido, ó cansarse de pelear con el destino.

¡Oh! si hubieran participado á tiempo á Mauricio la prision de Genoveva... cómo se habria burlado de esa justicia humana tan ciega en aquella época! ¡Con qué prontitud y facilidad habria roto las cadenas de su amada! Jamás fueron mas fáciles las evasiones; pero tampoco fueron mas raras, porque toda aquella nobieza, una vez constituida en prision, alli se instalaba como en un castillo y se disponia á morir. Huir era sustraerse á las consecuencias del duelo: las mismas mujeres se avergonzaban de una libertad adquirida á este precio.

Pero Mauricio no se hubiera mostrado tan escrupuloso. Qué cosa mas sencilla que matar perros y sobornar á un carcelero? Por otra parte, Genoveva no era un personaje tan ilustre que llamára la atencion... No se deshonraria huyendo, y ademas... aun cuando se deshonrára...

Oh! cómo se representaba en su imaginacion con amargura aquellos jardines de Puerto-libre, tan fáciles de escalar, esos aposentos de las Madelonnettes tan cómodas de horadar para salir á la calle, y las paredes

tan bajas del Luxemburgo, y los corredores sombrios de los Carmelitas, en los que, un hombre resuelto podia penetrar tan fácilmente saltando una ventana.

Pero estaba Genoveva en alguna de estas prisiones?

Devorado entonces Mauricio por la duda y atormentado por la ansiedad, colmaba á Dixmer de maldiciones, le amenazaba y paladeaba el odio que tenia á aquel hombre, cuya cobarde venganza se ocultaba bajo la máscara hipócrita de su adhesion á la causa realista.

—Yo le encontraré tambien, decia Mauricio porque si quiere salvar à su mujer se presentará, y si quiere perderla la insultará. Yo le encontraré; y desgraciado de él.

La mañana siguiente al dia en que pasaban los hechos que acabamos de contar, habia salido Mauricio para ir á instalarse en el tribunal revolucionario á tiempo que Lorin estaba durmiendo.

A poco tiempo fué este despertado por un gran ruido que sonaba á la puerta de voces de mujeres y culatazos de fusiles.

Al tiempo de levantarse entraron en su habitacion cuatro seccionistas, dos gendarmes y un comisario.

Tan significativa era aquella visita, que Lorin se apresuro á vestirse.

—Qué! Venis á arrestarme? les preguntó.

—Si, ciudadano Lorin.

—Por qué?

—Por sospechoso.

—Eso es; tienes razon.

El comisario escribió algunas palabras al pie del auto de prision.

=Donde está tu amigo? preguntó en seguida.

—Qué amigo?

—El ciudadano Mauricio Lindey.

—Probablemente en su casa, contestó Lorin.

—No tal, vive aqui.

—Os engañais; buscadle, y si le encontrais...

—Aqui tienes la denuncia, dijo el comisario; no puede ser mas esplícita.

Y presentó á Lorin un papel escrito con una letra malísima y una ortografia enigmática. En aquella denuncia se decia que se veia salir todas las mañanas de casa de Lorin á Mauricio, sospechoso, contra el que habia auto de prision.

La denuncia estaba firmada por Simon.

=Pero este diablo de zapatero, dijo Lorin, vá á perder todos sus parroquianos si se empeña en seguir estas dos profesiones á un tiempo. El diablo del remendon! Este Simon es un Cesar...

Y concluyò con una estrepitosa carcajada.

—Dónde está el ciudadano Mauricio? dijo el comisario. En nombre de la ley te intimo que me le entregues.

—Cuando os digo que no está aqui!

El comisario registró la habitaciou sin ver huella alguna del fugitivo; pero encontró una carta recientemente escrita que estaba sobre la mesa del comedor. Cabalmente era de Mauricio, quien la habia escrito antes de salir sin despertar á su amigo, à pesar de que dormian en una misma alcoba.

«Voy al tribunal, decia Mauricio almuerza solo, porque no volveré hasta la noche.»

—Ciudadanos, dijo Lorin, por mas prisa que tenga de obedeceros, ya conoceis que no puedo seguiros en camisa. Permitidme que me vista mi oficioso.

=Aristocrata! dijo una voz, necesita que le ayuden á ponerse los calzones.

—Por qué no? dijo Lorin. Yo soy como el ciudadano Dagoberto. Notad que no he dicho rey.

=Vamos, haz lo que quieras, dijo el comisario; pero despacha pronto.

El oficioso bajó de su camaranchon y ayudó á su amo á vestirse.

—El objeto de Lorin no era tener un ayuda de cámara: sino solamente que no se escapase al oficioso nada de lo que pasára á fin de que pudiera decirselo á Mauricio.

—Ahora, señores.... digo, ciudadanos, estoy dispuesto á seguiros. Pero dejadme llevar el último tomo de las Cartas á Emilia, de M. Demoustier, que acaba de publicarse y que aun no he leido. Su lectura aliviará el tedio de mi cautiverio.

—Tu cautiverio dijo Simon entrando de repente trasformado en municipal y seguido de cuatro seccionistas, tu cautiverio no será muy largo, porque figuras en el proceso de la muger que quiso facilitar la evasion á la austriaca. Hoy se la juzga, y mañana te se juzgará á ti.... despues que hayas declarado.

=Zapatero, dijo Lorin con frialdad, mira que coses tus suelas muy de prisa.

—Si; pero qué buen tranchetazo voy á dar! contestó Simon con una repugnante sonrisa: ya lo verás, hermoso granadero.

=Lorin se encogió de hombros.

—Cuando querais, dijo podemos marchar.

Y volviéndose todos para bajar la escalera, sacudió Lorin tan foribundo puntapié al municipal Simon, que le hizo rodar toda la escalera.

Los seccionistas no pudieron contener la risa, y Lorin se metió con mucha gravedad las manos en los bolsillos.

—Y te has atrevido.... en el ejercicio de mis funciones? dijo Simon lívido de cólera.

—Pardiez, respondió Lorin, todos estamos ahora en el ejercicio de nuestras funciones.

—En seguida le hicieron subir á un fiacre, y el comisario lo condujo al palacio de Justicia.

CAPITULO VII.

Lorin.

Si quiere seguirnos el lector por segunda vez al tribunal revolucionario, volveremos á encontrar á Mauricio en el mismo sitio en que antes le habiamos visto sin mas diferencia que ahora estaba mas pàlido y agitado.

En el momento en que volvemos á abrir

la escena de aquel lúgubre teatro, á donde mas que nuestro gusto, nos arrastran los sucesos, están los jueces deliberando: dos acusados, vestidos con el traje del cadalso, hablaban con sus defensores, cuyas vagas palabras se parecen á las de un médico que desespera de su enfermo.

El pueblo de las tribunas estaba aquel dia de mas humor, de ese humor que escita la severidad de los jueces: colocados bajo la inmediata vigilancia de la gente de los arrabales, hacian lo mismo que el actor que redobla su energia ante un público mal dispuesto.

Asi pues, desde las diez de la mañana habian sido condenados cinco infelices por esos mismos jueces tan intratables.

Los dos que se encontraban entonces en el banco de los acusados esperaban en aquel momento el si ó el no que debia volverles la vida ó lanzarles á la eternidad.

Los asistentes, habituados á aquella diaria tragedia, que era su espectáculo favorito, los preparaban con feroces interjecciones para aquel terrible momento.

=Mira, mira al hombre alto, decia una muger, que á falta de gorro adornaba sus greñas con una cucarda tricolor tan ancha como la mano; mira qué pálido está no pa-

rece sino que está ya muerto.

El reo miró á la muger que le apostrofaba con una sonrisa de desprecio.

—No ves cómo se rie? dijo otro.

—Si, de dientes afueras.

—Qué hora es? preguntó un habitante de los arrabales á un compañero.

—La una menos diez minutos: ya hace tres cuartos de horas que dura esto.

—Y el chiquito! mirale; què feo estarà cuando lo guillotinen.

—Bah? eso se hace demasiado pronto para que puedas verlo.

—Toma! se pedirá su cabeza á Sanson: todo el mundo tiene derecho á verla.

—Mira qué bonito vestido azul tiene: al menos se alegrarán los pobres cuando vean que llega la vez á un hombre bien vestido.

Efectivamente, tal y como habia dicho el ejecutor á la reina, los pobres heredaban todos los despojos de las victimas que eran llevadas á la Salitreria para repartirlos entre los indigentes. Cuando guillotinaron á la reina enviaron allá sus vestidos.

Mauricio escuchaba estas palabras sin cuidarse de ellas; cada uno se hallaba en aquel momento preocupado de algun poderoso pensamiento que le aislaba. Hacia algunos dias que su corazon no latia sino en ciertos mo

mentos y de una manera violenta, de vez en cuando parecia que el temor ó la esperanza suspendian la marcha de su vida, y estas oscilaciones perpétuas habian en cierto modo agotado la sensibilidad en su corazon, sustituyéndola la atonía.

Volvieron los jurados à la sesion, y como se habia creido, pronunció el presidente la sentencia condenatoria de los acusados.

La voz del ujier resonó entonces, como siempre, lúgubre y siniestra:

—El ciudadano acusador público contra la ciudadana Genoveva Dixmer.

Mauricio se estremeció, y un sudor frio bañó todo su cuerpo.

Abrióse la puertecita por donde entraban los acusados y se presentó Genoveva.

Iba vestida de blanco, y en vez de cortarse los cabellos, como otras mujeres lo hacian, iba peinada con una elegante coqueteria.

Mauricio vió á Genoveva, y sintió que le faltaban todas las fuerzas que habia reunido para aquel momento solemne. Mucho tiempo hacia que esperaba aquel golpe, para el que se habia preparado, principalmente despues de haber oido al acusador publicó tres ó cuatro veces el nombre de Genoveva; pero hay ciertas desesperaciones tan profundas

que es imposible sondear su abismo.

Todos los que vieron presentarse aquella jóven tan hermosa y tan pálida exhalaron un grito, los unos de f ror, porque habia en aquella época personas que odiaban todo género de superioridad, fuese de belleza, de fortuna, de ingenio ó de nacimiento, otros de admiracion, y algunos de lástima.

Sin duda conoció Genoveva una voz entre todas aquellas voces, un grito entre todos aquellos gritos, porque se volvió hácia el lado en que estaba Mauricio, en tanto que el presidente hojeaba el proceso de la acusada mirándola de vez en cuando y como al descuido.

A la primera ojeada vió á Mauricio, á pesar de que procuraba ocultar su rostro con las anchas alas de su sombrero; volviòse entonces con una dulce sonrisa, y con un ademan mas dulce todavia, apoyó sus dos manos sonrosadas y trémulas sobre sus lábios, y depositando en ellas toda su alma con su aliento, dió alas á aquel beso perdido, que uno solo de entre aquella multitud tenia derecho á tomar para sí.

Un murmullo de interés recorrió toda la sala. Interpelada Genoveva, se volvió hácia sus jueces; pero paróse de repente fijando sus miradas con una indecible espresion

le terror en un punto de la sala.

En vano se empinó Mauricio para ver lo que era, porque no pudo ver nada, ó, mejor dicho, le llamaba mas la atencion el tribunal.

Fouquier Tinville habia empezado à leer el acta de acusacion.

Segun aquella acta, Genoveva Dixmer era la muger de un encarnizado conspirador, de quien se sospechaba que hubiese ayudado al ex-caballero de la Casa Roja en sus diferentes tentativas para salvar à la reina. Además, habia sido sorprendida á los pies de la reina suplicándola que cambiase los vestidos con ella y ofreciéndose á morir en su lugar. Este fanatismo estúpido, decia el acta de la acusacion, merece sin duda los elogios de los contra-revolucionarios, pero en el dia todo ciudadano francés solo debe su vida á la nacion, y es venderla doblemante sacrificaria á los enemigos de la pàtria.

Preguntada Genoveva si era cierto que, segun el testimonio de los gendarmes Gilberto à Dufresne, hubiese sido sorprendida á los pies de la reina rogándola que cambiase con ella sus vestidos, respondió sencillamente:

—Si.

—Entonces, dijo el presidente, declàranos tu plan y tus esperanzas.

—Una muger puede concebir esperanzas, dijo Genoveva sonriéndose; pero no puede ejecutar un plan como el de que soy víctima.

—Entonces cómo estaba allí?

—Porque se me obligaba á ello.

=Quién te obligaba? preguntó el acusador público.

=Personas que me habian amenazado muerte si no obedecia.

Y la mirada irritada de la jóven fue fijarse en el punto de la sala invisible para Mauricio.

—Es decir que para librarte de la muerte conque te amenazaban no vacilaste cometer una accion que podria acarrear lo mismo que tratabas de evitar?

=Cuando cedí tenia un puñal al pecho al paso que aun estaba muy distante de cabeza el hierro de la gillotina, y por to hube de ceder à la violencia del mento.

—Por qué no llamaste en tu auxilio do buen ciudadano te hubiera socorrido

=Ah! respondió Genoveva con un to triste y tierno á la vez: estaba sola El enternecimiento sucedia al interés

mo el interés habia sucedido á la curiosidad. Muchas cabezas se bajaron unas para ocultar sus lágrimas, y otras para dejarlas correr libremente.

Mauricio viò entonces hácia su izquierda una cabeza inmóvil é impasible.

Era Dixmer de pie, impacable, sombrio y que no perdia de vista á Genoveva ni al tribunal.

Al verle Mauricio le dirigiò una mirada llena de un ódio tan eléctrico, tan poderoso, que atraido por aquel fluido abrasador, volvió la cabeza hácia su enemigo.

Cruzáronse las dos miradas como dos llamas.

—Decidnos los nombres de vuestros instigadores, preguntó el presidente.

=Sólo hay uno.

—Quien es?

=Mi marido.

—Sabeis donde está?

—Si.

—Indicadnos el lugar donde se halla.

—Acaso está en Francia; pero no cometeré una infamia; á vosotros toca descubrir su paradero, porque yo no le denunciaré jamás.

Mauricio mirò á Dixmer.

Dixmer no hizo el menor movimiento.

=Mauricio estuvo tentado à denunciarle,

denunciándose á si mismo; pero se contuvo.

—No, dijo para si, no debe morir de ese modo.

=Conque rehusais dirigir nuestras investigaciones? dijo el presidente á la acusada.

—Creo que no puedo hacerlo, respondió Genoveva, sin hacerme tan despreciable á los ojos de los demas como él lo es á los mios.

=Hay testigos? preguntó el presidente.

=Hay uno, respondió el ujier.

—Llamadle.

—Jacinto Juan Lorin, dijo el ujier.

—Lorin! esclamó Mauricio. Oh! Dios mio! que ha sucedido!

Pasaba esta escena el mismo dia del arresto de Lorin, y Mauricio ignoraba aquel acontecimiento.

=Lorin! dijo Genoveva mirando á su alrededor con dolorosa inquietud.

—Por qué no viene el testigo? preguntó el presidente.

—Porque ha sido arrestado en su domicilio por una reciente denuncia, dijo Fouquier Tinville: van á traerle al instante.

Mauricio se estremeció.

—Habia otro testigo mas importante, continuó Fouquier, pero no han podido dar con él hasta ahora.

Dixmer se volvió sonriendo hácia Mauri-

cio: tal vez ocurria al marido la mismo idea que habia ocurrido al amante.

Genoveva se puso pálida é inclinó la cabeza lanzando un gemido.

En aquel momento entró Lorin seguido de dos gendarmes.

Detrás entró Simon, que fué á sentarse en el pretorio como abonado á aquella localidad.

—Cual es tu nombre y apellido? preguntó el presidente.

=Jacinto Juan Lorin.

—Y tu estado?

—Hombre libre.

—No lo serás mucho tiempo, dijo Simon enseñándole el puño.

—Eres pariente de la acusada?

—No; pero tengo el honor de ser uno de sus amigos.

—Sabes que conspiraba para libertar á la reina?

=Cómo quereis que lo supiese?

—Podia habértelo confiado.

—A mi, miembro de la seccion de las Termópilas!

—Sin embargo, te han visto algunas veces con ella.

=No solo algunas veces, sino muchas.

—Y sabias que era una aristócrata?

=Unicamente la conocia como muger de

un maestro curtidor.

—Pero su marido no ejercia en realidad este oficio.

—Lo ignoro: su marido no es amigo mio.

—Háblanos de su marido.

—Con mucho gusto. Es un hombre infame...

=Señor Lorin, dijo Genoveva, por piedad.....

Lorin continuó impacible.

=Que ha sacrificado á la pobre muger que teneis á la vista para satisfacer, no sus opiniones politicas, sino sus ódios personales: le aborrezco tanto como à Simon.

Dixmer se puso livido, Simon quiso hablar; pero un ademan del presidente le impuso silencio.

—Ya que tan enterado estàs en esta historia, cuéntanos todo lo que sepas acerca de ella, dijo Fouquier.

—Perdonad, ciudadano Fouquier, contestó Lorin levantándose, he dicho todo lo que sabia.

Y volvió á sentarse.

—Ciudadano Lorin, continuó el acusador, estás obligado á manifestar al tribunal todo lo que sepas.

—Pues no puedo decir mas. Por lo que hace á esta pobre muger, repito que está

inocente, y que se ha visto obligada á obedecer á la fuerza. Miradla; tiene trazas de conspiradora? Os repito que se ha visto obligada á hacer lo que ha hecho.

—Lo crees asi?

—Estoy seguro de ello.

=En nombre de la ley, dijo Fouquier, requiero que el testigo Lorin sea llamado al tribunal como acusado de complicidad con esta muger.

Mauricio exaló un gemido y Genoveva ocultó su rostro entre las manos.

Simon esclamó en un trasporte de alegria.

—Ciudadano acusador, acabas de salvar la pátria.

En cuanto á Lorin, sin responder una palabra, saltó la balaustrada para ir á sentarse junto á Genoveva, la cogió la mano y se la besó respetuosamente.

=Buenas dias, ciudadana, la dijo con una serenidad que electrizó á la asamblea. Cómo estais?

Y sin esperar respuesta, se sentó en el banco de los acusados.

Toda aquella escena habia pasado como una vision fantasmagórica ante los ojos de Mauricio, apoyado sobre el puño de su sable que no abandonaba jamás: veia caer á

uno de sus amigos en la sima que no devuelve sus victimas: y tal era la impresion que le causaba esta imágen de muerte, que se preguntaba á si mismo, porque siendo él compañero de aquellos desgraciados, se sostenia aun al borde del precipicio sin dejarse llevar por el vértigo que le arrastraba con ellos.

Al saltar Lorin la balaustrada vió la figura sombria y burlona de Dixmer.

Cuando se sentó al lado de Genoveva, como hemos dicho, se inclinó esta á su oido y le dijo.

—Sabeis que está alli Mauricio?

—Dónde?

—No mireis en seguida porque pudiérais perderle.

=Tranquilizaos.

—Está detrás de nosotros, cerca de la puerta. Qué sentimiento vá á tener si somos condenados!

Lorin miró á la jóven con tierna compasion.

—No dudeis que lo seremos. Seria muy cruel el desengaño si tuviéseis la imprudencia de esperar.

=Pobre amigo! vá á quedar solo en el mundo!

Lorin no pudo contenerse mas y mirò à Mauricio.

Tambien Genoveva le dirigió una furtiva mirada.

Mauricio tenia clavada en ellos la vista y apoyaba una mano sobre su corazon.

Hay un medio de salvaros, la dijo Lorin.

—Seguro preguntó Genoveva, cuyos ojos brillaron de alegria.

=Tanto que respondo de él.

=Cómo os bendeciria si me salváseis!...

—Pero ese medio... replicó el jóven.

—Al ver Genoveva la duda retratada en el rostro y en los ademanes del jóven, le dijo:

—Habeis visto tambien á mi marido?

—Si, le he visto. Quereis salvaros? el medio es muy sencillo; que se siente él tambien sobre el banco de hierro y os salvareis.

Sin duda adivinó Dixmer por la presion de la mirada de Lorin cuales eran las palabras que pronunciaba, porque se puso pálido, pero no tardó en recobrar su calma sombria y su infernal sonrisa.

=Es imposible! dijo Genoveva; no puedo odiarle.

=Ah! decid mas bien que conoce vuestra generosidad y por eso os provoca.

=Es verdad: está seguro de si mismo,

de mi y de nosotros todos.

Genoveva, yo soy menos perfecto que vos dejadme á mi arrastrarle á donde muera, y acabemos de una vez.

—No, Lorin, os suplico que no hagais eso; nada devo tener de comun con ese hombre, ni aun la muerte; me consideraria á mi misma infiel á Mauricio si muriese con Dixmer.

—Ah! esclamó Lorin, tiene sobrada razon Mauricio para amaros tanto, sois un ángel y la pátria de los ángeles es el cielo. Pobre Mauricio!

Simon entretanto no pudiendo oir lo que decian los acusados los devoraba con la vista. Por fin no pudo contenerse y esclamó:

—Ciudadano gendarme, impide á los conspiradores que vengan á maquinar tambien contra la república hasta en el seno del tribunal revolucionario.

—Ya sabes que aqui no se conspira, ó que si se conspira es por poco tiempo, dijo el gendarme. No hacen mas que hablar los ciudadanos; y puesto que la ley no les prohibe que hablen en la carreta, no encuentro motivo para que se les prohiba hablar en el tribunal.

Era aquel gendarme Gilberto, quien habiendo reconocido la prisionera cojida por

él en el calabozo de la reina, manifestaba con su acostumbrada probidad el interés que le inspiraban tanta lealtad y tanta abnegacion.

Habiendo consultado el presidente con sus asesores á invitacion de Fouquier, volvió á empezar el interrogatorio.

=Acusado Lorin, preguntó ¿de qué género son las relaciones que tienes con la ciudadana Dixmer?

=¿De qué género?

—Sí.

—Escucha:

La amistad pura y sincera,
Nos une en vinculo estrecho,
Ella me ama como hermano,
Y yo como á hermana la quiero.

—Ciudadano Lorin, dijo fouquier, tu copla es perversa.

=¿Por qué.

—Porque el último verso es largo, le sobra el yo que es un ripio.

—Ciudadano acusador, si te parece largo, corta por donde quieras, puesto que ese es tu oficio.

Al oir Fouquier tan amarga chanza palideció.

—Y qué aspecto ponia el ciudadano Dix-

mer, preguntó el presidente, al ver las relaciones de uno que se dice republicano con su mujer?

—No puedo responderos á eso, porque no he tratado nunca al ciudadano Dixmer con tanta intimidad.

=¿Pero no dices, replicó Fouquier Tinville, que tu amigo el ciudadano Mauricio, seria entre ti y la acusada el nudo de esa amistad pura y sincera.

—Si no lo digo, respondió Lorin, es porque creo que no debo decirlo, y aun me parece que hubiérais debido tomar ejemplo de mi.

—Pues entonces los ciudadanos jurados apreciarán estas singular alianza entre dos republicanos con un aristécrata y en el momento mismo en que está convencida de la mas negra intriga que se ha tramado jamas contra la república.

—Pero de qué inferis que debia yo tener conocimiento de la intriga, ciudadano acusador? preguntó Lorin mas indignado que asustado por tan brutal argumento.

=No conociais á esta mujer, no eras su amigo, no os habiais llamado hermanos, y por consiguiente no debes estar enterado de todo lo que la concierne? Es posible, como has dicho muy bien, que haya perpetrado sola el delito de que se la acusa?

—No lo ha perpetrado sola, replicó Lorin sirviéndose de las palabras técnicas empleadas por el presidente, puesto que ella os ha dicho, puesto que yo os he dicho y os repito que su marido la impelia á perpetrarlo.

—Entonces cómo no conocias al marido, dijo Fouquier Tinville, estando, como estaba, unido con su muger?

No tenia que hacer Lorin para disculparse mas que contar la primera desaparicion de Dixmer, los amores de Mauricio y Genoveva, y el modo con que su marido se la habia llevado de casa de Mauricio, ocultándola en un retiro impenetrable; pero para esto era preciso descubrir el secreto de sus dos amigos y hacer ruborizarse á Genoveva delante de quinientas personas, y Lorin meneó la cabeza como para decirse nó á si mismo.

—Y bien, qué respondes al ciudadano acusador? preguntó el presidente.

=Que su lógica es contundente, dijo Lorin, y que me ha convencido de una cosa de que no sospechaba.

=De cuál?

—De que soy, á lo que parece, uno de los mas terribles conspiradores que se han visto desde que existe el mundo.

Esta declaracion escitó la risa de todos los concurrentes. Los mismos jueces depusieron su severidad, y hasta Fouquier Tinville, acostumbrado á conocer todos los secretos de los acusados, tambien como los mismos acusados, no pudo menos de esperimentar cierta admiracion compasiva hácia Lorin, y le dijo:

—Vamos, ciudadano Lorin, habla, defiéndete. El tribunal te escuchará, porque conoce todos tus antecedentes, que son los de un honrado republicano.

Quiso hablar Simon, pero el presidente le impuso silencio.

—Habla ciudadano Lorin, dijo, te escuchamos.

Lorin meneò otra vez la cabeza.

—Quien calla otorga, replicó el presidente.

—Quien calla no dice nada, contestó Lorin.

—Por última vez te pregunto, quieres hablar? dijo Fouquier Tinville.

—Lorin se volvió hácia el auditorio para interrogar con la vista á Mauricio sobre lo que debia hacer, pero como este no le hiciera seña alguna para que hablase, permaneciò callado, á pesar de que sabia que este silencio le condenaba.

Entonces Fouquier reasumió su acusacion, el presidente hizo lo mismo con los debates y despues de haberse retirado los jurados á votar, volvieron con un veredicto de culpabilidad contra Lorin y Genoveva, y el presidente condenó á ambos á la pena capital.

Las dos daba entonces el gran reloj del palacio de Justicia.

El presidente empleó tanto tiempo en pronunciar la sentencia como el reloj en dar la hora.

Mauricio escuchó estos dos ruidos que se confundian mútuamente, y cuando se estinguió la doble vibracion de la voz y de la campana, sus fuerzas estaban agotadas.

Los gendarmes se llevaron en seguida á Genoveva y á Lorin, dándole este el brazo. Ambos saludaron á Mauricio, aunque de una manera muy diferente; Lorin sonriéndose, y Genoveva, pàlida y desfallecida, enviándole el último beso en sus dedos mojados en làgrimas. Hasta el último momento habia conservado la esperanza de vivir, y lloraba no por su vida, sino por su amor que iba á estinguirse con su vida.

Levantóse Mauricio loco de desesperacion y al dirigir una mirada frenética à todo lo que le rodeaba, vió á Dixmer que se reti-

raba con los espectadores y que ya bajaba la cabeza para pasar por debajo de la puerta cimbrada del corredor. Saltando entonces con la rapidez del gamo de banco en banco, se precipitó detras de Dixmer y cuando este pisaba ya las baldosas del salon, le tocó en el hombro con la mano.

CAPITULO VIII.

El duelo.

En aquella época era siempre una cosa grave sentirse un hombre tocado en el hombro de aquella manera.

Volvióse Dixmer y reconoció à Mauricio.

—Buenos dias, ciudadano republicano, esclamó Dixmer sin revelar otra emocion que un temblor imperceptible que supo reprimir a punto.

=Buenos dias, ciudadano cobarde, respondió Mauricio, no es verdad que me esperábais?

=Es decir, ya no os esperaba, respondió Dixmer.

—Por qué?

—Porque esperaba veros antes.

—Demasiado pronto llego para ti, asesino, añadió Mauricio con una voz ó mas bien con un murmullo espantoso, porque era el rugido de la tempestad reconcentrada en su corazon, como su mirada era el relámpago.

—Me mirais con ojos de fuego, ciudadano, replicó Dixmer, van á conocernos y á seguirnos.

—Si, y temes ser arrestado, no es verdad? Temes ir al cadalso á donde envias á otro? Que nos prendan, tanto mejor, pues me parece que hoy falta un culpable á la justicia nacional.

=Como falta un hombre en la lista de los hombres honrados no es verdad? desde que ha desaparecido de ella el vuestro.

—Está bien, ya hablaremos de eso, pero entre tanto os habeis vengado miserablemente de una muger. Por qué, ya que me esperàbais, no me esperásteis en mi casa el dia en que me robásteis á Genoveva?

=Yo creia que el verdadero ladron érais vos.

=Pocas chanzas: os conozco demasiado bien y me atengo solo á los hechos. El dia en que quisisteis asesinarme, aquel dia representábais vuestro papel natural.

—Y mas de una vez me ha pesado no haberle llevado á efecto.

—Pues bien, dijo Mauricio tocando la empuñadura de su sable; aqui me tienes.

—Mañana; hoy no puedo.

—Por qué mañana?

=O esta noche.

=Y por qué no ahora?

—Porque tengo que hacer hasta las cinco.

—Algun proyecto traidor, algun lazo.....

No tal, y estraño mucho que digais eso de mi. Durante seis meses os he dejado cortejar á mi muger; durante seis meses he respetado vuestras citas, y me he hecho el desentendido al ver vuestras sonrisas Convenid en que no hay un hombre mas sufrido que yo.

—Es decir que haciais la vista gorda, porque creiais que podria seros útil?

=Por supuesto, replicó Dixmer con calma. En tanto que vos vendiais vuestra república, y que la vendiais por una mirada de mi mujer, en tanto que ambos os des-

honrábais, vos por vuestra traicion y ella por su amor adúltero, yo era el prudente y el éroe. Yo esperaba y triunfaba.

—Qué infamia! dijo Mauricio.

—Me alegro que conozcais vuestra conducta, que ha sido infame y horrorosa.

—Os engañais: la conducta horrible es la del hombre que, en vez de proteger el honor de la mujer que se le habia confiado y de conservarle puro é intacto, ha hecho de él un vil tráfico. Si; en vez de proteger á la débil mujer que no tenia mas apoyo que vos, la habeis vendido de una manera infame.

=Voy á deciros lo que he hecho, respondió Dixmer: debia salvar á mi amigo, que sostenia conmigo una causa sagrada, á la que sacrifiqué mis bienes y mi honor, y lo he hecho, sin que yo haya figurado para nada en ello, porque siempre me he puesto el último para todo. Ahora ya no existe mi amigo; que se ha suicidado; tampoco existe la reina, que ha muerto en el cadalso, y ahora pienso en mi venganza.

—Decid mas bien en vuestro asesinato.

—No se asesina á una adúltera cuando se la mata, se la castiga.

—Pero vos sois quien la ha arrastrado al adulterio, y vos mismo le habeis hecho legítimo.

—Lo creeis asi? Pues preguntad á sus remordimientos si cree haber obrado legitimamente.

—El que castiga lo hace públicamente; tu no castigas, puesto que huyes al herir, y al arrojar su cabeza á la guillotina te escondes como un miserable.

—Que huyo y me escondo dices!... Es huir y ocultarse asistir á su juicio y á su condenacion? Es ocultarse ir hasta la sala de los muertos para tener el gusto de verla en su última hora.

—Conque aun quieres verla? esclamó Mauricio.

=Vamos, ya veo, dijo Dixmer encogiéndose de hombros, que entiendes poco de venganzas. Es decir que en mi puesto te contentarias con dejar correr los acontecimientos, dando por bastante castigada á la mujer adúltera con ver que vá á morir? No, ciudadano Mauricio; yo he encontrado un medio de devolver á esta mujer todo el mal que me ha hecho. Te ama, y vá á morir lejos de ti; me detesta, y vá á verme otra vez. Mira, añadió sacando de su bolsillo una cartera, aqui tengo una papeleta firmada por el escribano del palacio de Justicia. Con ella puedo penetrar hasta donde están los condenados; llegaré hasta el lado de Genoveva, y la llamaré adúlte-

ra; veré caer sus cabellos bajo la mano del verdugo, y cuando caigan, oirá mi voz que la repetirá sin cesar adúltera! Yo la acompañaré hasta la carreta; y cuando ponga el pie en el cadalso la última palabra que oirá, será adúltera.

=Mira no sea que, cansada de tanta vileza, te denuncie.

—No; si hubiera querido, lo hubiera hecho cuando tu amigo se lo aconsejaba, en voz baja, y ya que no me ha denunciado por salvar su vida, no lo hará para morir conmigo; porque sabe que iria con ella á la prision, que la acompañaria en la carreta, que subiria con ella al cadalso, que hasta el último momento oiria la terrible palabra de adúltera, y que cuando su alma pasára á la eternidad, la acompañaria tambien esta acusacion terrible.

Dixmer estaba espantoso de cólera y de ódio; habia cogido la mano de Mauricio, y la estrechaba con una fuerza soprenatural. A medida que Dixmer se exaltaba, se calmaba Mauricio.

—Escucha, le dijo el jóven, falta una cosa á esta venganza.

—Cuàl?

—Podrias decirla al salir del tribunal: «He encontrado á tu amante, y le he asesinado.»

—Al contrario, quiero decirla que vives,

y que por todo el resto de tu vida sufrirás el recuerdo de su muerte.

=Sin embargo, me matarás, dijo Mauricio, ó por mejor decir, añadió mirando en torno suyo y viéndose casi dueño de la posicion, yo soy quien te mataré.

Y pálido de emocion, exaltado por la cólera, sintiendo redobladas sus fuerzas con la violencia que se habia hecho para oir á Dixmer desenvolver hasta el fin su terrible proyecto, le asió del cuello y lo llevó á empellones hasta una escalera que conducia á la orilla del rio.

Al sentir Dixmer aquella mano montó en cólera y dijo:

—No necesitas llevarme á la fuerza, yo iré.

—Pues ven; estás armado.

=Te sigo.

—No, anda delante, pero te prevengo que á la menor señal, al menor movimiento que hagas, te abro la cabeza de un sablazo.

—Oh! bien sabes que no tengo miedo, dijo Dixmer con esa sonrisa que la palidez de sus làbios hacia tan espantosa.

—Miedo á mi sable, no, dijo Mauricio, pero si miedo á malograr tu venganza. Y sin embargo, añadió, ahora que nos vemos cara á cara puedes realizar tu proyecto.

—En efecto, habian llegado á la orilla del

agua, y si la mirada podia aun seguirlos á donde estaban, nadie podia llegar oportunamente para impedir el duelo.

Por otra parte, igual cólera devoraba á los dos hombres. Hablando asi, habian bajado por la escalera que dá á la plaza del Palacio, y habian llegado hasta el muelle, casi desierto, porque como continuaban los juicios, en atencion á que apenas eran las dos, la multitud llenaba todavia el pretorio, los corredores y los pátios, y Dixmer parecia tener tanta sed de la sangre de Mauricio como este de la de Dixmer.

Penetraron, pues, por una de esas bóvedas que conducian desde los calabozos de la Conserger.ia al rio, y Mauricio se colocó entre el agua y Dixmer.

=Creo decididamente, Mauricio, dijo Dixmer que voy á matarte, porque tiemblas demasiado.

—Y yó: Dixmer, dijo Mauricio echando mano al sable, y cortándole con cuidado toda retirada, creo por el contrario que yo seré quien te mate, y que despues de haberte matado, cojeré de tu cartera el salvo-conducto del escribano del Palacio de Justicia. ¡Bah! nada adelantas con abotonarte la levita, pues mi sable la abrirá aunque sea de acero como las corazas, antiguas.

—¿Conque quieres quitarme este papel? ijo Dixmer.

—Sí, contestó Mauricio, y me serviré de él para entrar hasta donde está Genoveva; me sentaré á su lado en la carreta, y mientras viva la diré al oido. Yo te amo, y cuando caiga su cabeza; yo te amaba.

Dixmer hizo un movimiento con la mano izquierda para cojer el papel con la derecha y arrojarlo con la cartera al rio: pero rápido como el rayo y cortante como una hacha; cayó el sable de Mauricio sobre aquella mano y la separó casi enteramente de la muñeca.

El herido lanzó un grito sacudiendo su mano mutilada y se puso en guardia.

Entonces principió un combate horrible: encerrados aquellos hombres en un espacio tan limitado, no inutilizaban ninguno de sus golpes, multiplicándose les ataques en razon de la impaciencia de los combatientes.

Conociendo Dixmer que se agotarian sus fuerzas á medida qu fuese perdiendo sangre, cargó con tanta violencia sobre Mauricio, que este se vió obligado á retroceder un paso. Pero como el terreno estaba tan húmedo, tuvo la desgracia de que se le escurriese un pié, en cuya posicion le hirió Dixmer en el pecho. Pero por un movimiento rápido como el pensamiento, arrodillado como estaba, presentó la punta del sable á Dixmer, quien arrebatado por la cólera, se lan-

zó sobre Mauricio, pasándose el mismo con el sable de su enemigo.

Oyóse entonces una imprecacion terrible, y despues los dos cuerpos rodaron hasta fuera de la bóveda.

Uno solo se levantó, y este fué Mauricio, todo cubierto de sangre, pero de sangre de su enemigo.

Trató entonces de sacar su sable del cuerpo de Dixmer, y á medida que lo sacaba parecia aspirar con la hoja el resto de vida que agitaba todavía con temblor nervioso los miembros de su contrario.

Cuando se aseguró que Dixmer estaba efectivamente muerto, se inclinó sobre el cadáver, desabrochó su levita, cogió la cartera y se alejó rápidamente.

Al dirigir la vista sobre sí mismo, conoció que no daria cuatro pasos por la calle sin ser arrestado, pues estaba cubierto de sangre. Aproximóse al rio, y en él se lavó las manos y el vestido. En seguida subió rápidamente la escalera dirigiendo su última mirada hácia la bóveda, de donde salia un hilo rojo y humeante y se deslizaba hasta el rio.

Cuando llegó á la Conserjeria abrió la cartera y halló en ella el salvo-conducto firmado por el escribano del Palacio de Justicia.

=¡Gracias, justo Dios! esclamó.

Y subió precipitadamente las gradas que conducian á la sala de los muertos. En aquel momento dieron las tres en el reloj de la torre.

CAPITULO IX.

La sala de los muertos

Ya se acordarán nuestros lectores de que el escribano del palacio de Justicia había abierto sus registros á Dixmer y entablado con él relaciones que la belleza de su mujer hacia agradables.

Como es de suponer, aquel buen hombre quedó helado de terror cuando oyó la

revelacion de la horrible trama de Dixmer; porque, segun las trazas, era creible que le acusasen como cómplice del atentado, y que fuese condenado á muerte con Genoveva.

Efectivamente, le habia llamado Fouquier Tinville, y gracias á la confesion de Genoveva declarándole libre de toda culpa, gracias á la fuga de Dixmer, y sobre todo al interés de Fouquier, que queria conservar su administracion limpia de toda mancha, consiguió que declarasen su inocencia.

—Ciudadano, dijo echándose á los pies de Fouquier, perdóname, me han engañado.

=Ciudadano, respondió el acusador, un empleado de la nacion que se deje engañar en este tiempo merece la guillotina.

=Pero puede uno ser un bestia, replicó el escribano, quien de buena gana hubiera dicho á Fouquier monseñor.

—Bestia ó no, replicó el rígido acusador, ninguno debe dormirse pensando que le basta ser amante de la república. Tambien los ganzos del capitolio eran unos animales y despertaron para salvar à Roma.

El escribano no tenia que responder á semejante argumento: así que exhaló un gemido y esperó resignado su suerte.

=Te perdono, dijo Fouquier, y hasta te defenderia si llegára el caso, porque no

quiero que se sospeche de ninguno de mis empleados; pero ten presente que á la menor palabra que oiga sobre este asunto lo pasarás muy mal.

No hay necesidad de exagerar el celo conque desde entonces cogia todos los dias los periódicos, siempre dispuestos á publicar lo que saben y aun lo que no saben, cualesquiera que fuesen sus consecuencias, y aun que sus revelaciones hicieran rodar las cabezas de diez hombres.

Buscó por todas partes á Dixmer para recomendarle el silencio; pero habia mudado de domicilio y no pudo encontrarle.

Genoveva fué conducida al banquillo de los acusados, pero declaró en la instruccion que ni ella ni su marido tenian ningun cómplice. Así pues, se apresuró á darle las gracias con una espresiva mirada cuando pasó por delante de él al salir del tribunal.

Pero habiendo entrado un momento en la escribania para buscar un legajo de papeles que habia pedido Fouquier, vió de repente aparecer á Dixmer, quien se dirigió á él con paso tranquilo y reposado.

Aquella vision le petrificó y lanzó una esclamacion como si hubiese visto un espectro.

—Me conoces? le preguntó el recien llegado.

=Si por cierto, eres el ciudadano Durand,

ó mejor dicho, el ciudadano Dixmer.

=En efecto.

—Pero no has muerto?

—Como ves, todavia no.

=Quiero decir que van á prenderte.

=Quién quieres tú que me prenda cuando nadie me conoce?

—Pero yo te conozco, y no tengo mas que decir una palabra para que te lleven á la guillotina.

=Y yo no tengo mas que decir dos para que te guillotinen conmigo.

—Eso es abominable.

=No tal, es lógico.

=Pero qué quieres? despáchate, porque cuanto menos tiempo hablemos juntos, tanto menos peligro corremos.

—Mi muger vá á ser condenada, no es verdad?

—Mucho lo temo; pobre muger!

—Pues bien, deseo verla para despedirme de ella.

=Donde?

—En la sala de los muertos.

—Y te atreverás á entrar alli?

=Por qué no?

Al oirlo el escribano se le erizaron los cabellos.

=Debe haber un medio para esto, no es verdad? continuó Dixmer.

—Para entrar en la sala de los muertos? Quién lo duda?

—Cuál?

=Procurarse un pase.

=Quién los dá?

—Preguntas que quién dá los pases? dijo el escribano mas pálido que la cera.

—Si; creo que hablo claro.

=Se dan aqui.

—De veras? Y quién los firma?

—El escribano.

—Tú?

—Si.

—Toma! dijo Dixmer sentándose, pues entonces vas á darme uno:

=Pero eso es pedir mi cabeza, ciudadano.

—No tal, no te pido mas que un pase.

—Voy á hacer que te prendan, dijo el escribano queriendo desplegar toda su energia.

—Hazlo; pero entonces te denuncio como mi cómplice, y en vez de ir yo solo á la famosa sala iremos los dos.

—Ah! malvado! dijo el escribano.

—En esto no hay maldad ninguna. Necesito hablar á mi mujer, y te pido un pase para llegar hasta ella: nada mas natural.

—Pero es tan necesario que la hables?

—Ya puedes suponerlo, cuando para ello arriesgo mi cabeza.

La razon parcció plausible al escribano,

y viéndole Dixmer indeciso y propenso á ceder, continuó.

=Vamos, tranquilizate, que nadie sabrá nada. Qué diablo! algunas veces se presentarán casos semejantes al en que yo me encuentro.

=No sucede con mucha frecuencia, pero en fin, arreglaremos esto de otro modo.

—Si es posible no deseo otra cosa.

—Qué si es posible? no puedo serlo mas. Entra por la puerta de los condenados, para la que no se necesita pase, y luego que hayas hablado á tu muger me llamarás y te haré salir.

—No es mala idea, pero desgraciadamente me acuerdo de una historia que circula por la ciudad.

—Cuál?

—La de un pobre jorobado que equivocó la puerta, y creyendo entrar en los archivos, entró en la sala consabida. Pero como entró por la puerta de los condenados en vez de entrar por la puerta principal, y como no tenia pase para probar la identidad, no quisieron dejarle salir. En vano trató de probar su equivocacion: habia entrado por la puerta de los condenados y esto bastaba para que por tal se le tuviese, sin que sus súpliças y sus protes-

tas pudiesen estorbar que el verdugo le cortára primero los cabellos y despues la cabeza. Es cierta la anécdota, ciudadano escribano? tu debes saberla mejor que nadie.

—Ay! si desgraciadamente es cierta, dijo el escribano temblando como un azogado.

—Pues ya ves que con tales precedentes seria yo un loco en entrar sin pase en sitio tan peligroso.

—Pero no te digo que estaré yo alli?

—Y si te llaman, ó estás ocupado ó te olvidas de mi?

—Y Dixmer se apoyó con intencion en la última frase

=Pero no te ofrezco?...

—No, esto seria comprometerte, porque te verian hablar conmigo y... En fin; no me acomoda la proposicion. Quiero mejor un pase.

—Es imposible.

=Entonces, querido amigo, hablaré é iremos à dar un paseo junto á la plaza de la Revolucion.

—El escribano, aturdido, medio muerto, firmó un pasepara un ciudadano-

—Dixmer salió precipitadamente para tomar en el peretorio el puesto donde le hemos visto.

Sabido es lo demas.

=En aquel momento el escribano, para evitar toda acusacion de connivencia, fué á sentarse al lado de Fouquier, dejando la direccion de la escribania al oficial mayor.

A las tres y diez minutos atravesó Mauricio, provisto ya de la carta, una fila de calaboceros y gendarmes, y llegó sin obstáculo á la puerta fatal.

Cuando decimos fatal, exageramos, pues habia dos puertas; la principal, por donde entraban y salian los que llevaban un salvo conducto, y la puerta de los condenados, por la que entraban los que no debian salir sino para marchar al cadalso.

La pieza en que acababa de penetrar Mauricio estaba dividida en dos departamentos. En uno de ellos estaban los empleados encargados de tomar los nombres á los que llegaban, y en otro, amueblado solamente con algunos bancos de pino, esperaban lo que acababan de ser presos y los que acababan de ser sentenciados, lo cual era poco mas ó menos la misma cosa.

La sala estaba sombria, pues solamente recibia la luz por una ventanilla abierta en un tabique de la escribania.

Una muger vestida de blanco y medio

desmayada yacia en un rincon apoyada contra la pared, y delante de ella se veia un hombre de pié con los brazos cruzados, meneando de vez en cuando la cabeza y vacilando en hablarle, temeroso de restituir el sentimiento que parecia haber perdido.

Al rededor de estos dos personages se veia moverse confusamente à los condenados, que sollozaban ó cantaban himnos patrióticos.

Otros se paseaban de arriba á abajo, como para ahuyentar el pensamiento que los devoraba.

Esta pieza era la antesala de la muerte, y el mueblaje la hacia digna de este nombre, pues veíanse cajas llenas de paja y medio abiertas como para llamar á los vivos: estos eran los lechos de reposo y tumbas provisionales.

Enfrente de la ventana se elevaba un gran armario. Un prisionero lo abrió por curiosidad y retrocedió horrorizado. Aquel armario encerraba los vestidos sangrientos de los ajusticiados en el dia anterior y aqui y allí pendian largas trenzas de cabellos: todo esto eran gages del verdugo que los vendia à los parientes cuando la autoridad no le mandaba quemar aquellas queridas reliquias.

Apenas abrió la puerta Mauricio, palpi-

tante y fuera de si, cuando de una rápida ojeada vió todo el cuadro. Dió tres pasos por la sala y vino á caer á los pies de Genoveva.

La pobre muger lanzó un grito que Mauricio sofocó con sus làbios.

Lorin estrechó llorando á su amigo en sus brazos: aquellas eran las primeras lágrimas que derramaba.

—Cosa estraña! todos aquellos desgraciados reunidos que debian morir juntos, apenas miraba el interesante cuadro que presentaban à su vista aquellos desgraciados, sus semejantes, y la razon era porque cada uno esperimentaba demasiadas emociones propias para tomar una parte, por pequeña que fuera, en las emociones agenas.

Por un momento permanecieron los tres amigos unidos en aquel abrazo estrecho, mudo, pero apasionado y casi alegre.

Lorin fué el primero que se desprendiò del grupo doloroso y dijo á Mauricio:

Conque tambien estás condenado?

—Si respondió este.

=Oh felicidad! murmuró Genoveva, sin reflexionar que la alegria de las gentes que no tienen mas que una hora de vida no puede durar tanto como su vida.

Despues de haber contemplado Mauricio á Genoveva con ese amor ardiente y profundo que tenia en el corazon, despues de haberle dado gracias por esa palabra á la vez tan egoista y tan tierna que acababa de pronunciar involuntariamente, se volvió hácia Lorin, le dijo estrechando en su mano las dos de Genoveva.

=Ahora hablemos.

—Ah! sí, hablemos, respondió Lorin; puesto que nos queda tiempo, debemos aprovecharlo. Sepamos: qué tienes que decirme?

—Tú has sido arrestado por culpa mia y condenado á causa de ella, á pesar de no haber hecho nada contra las leyes; como Genoveva y yo pagamos nuestra deuda, no es justo que te hagan pagar al mismo tiempo que nosotros.

=No comprendo.

—Lorin, estás libre.

—Libre yo! Has perdido el juicio? dijo Lorin.

—No, no he perdido el juicio, y te repito que estás libre, y si nó mira este pase. Te preguntarán quien eres, y contestarás que estás empleado en la escribania de los Carmelitas, que has venido á hablar al ciudadano escribano del Palacio de Justicia, y que por curiosidad le has pedido un pase

para ver á los sentenciados, que como los has visto te retiras, y asunto concluido.

—Te chanceas, no es verdad?

—No por cierto, toma este pase y aprovéchate de la ocasion. Tú no estás enamorado, no necesitas morir para pasar algunos minutos mas con la amada de tu corazon y no perder ni un minuto de su eternidad.

—Pues bien, si como dices, es fácil salir de aqui, Mauricio, lo cual jamás hubiera creido, porque ante todas cosas no procuras salvar á esta infeliz señora? En cuanto á tí, ya discurriremos el medio.

—Es imposible, esclamó Mauricio tristemente, lee el pase y verás que dice «un ciudadano» y no una ciudadana; por otra parte, Genoveva no querria salir dejándome aqui, ni vivir sabiendo que yo iba á morir.

—Y si ella no quiere, por qué he de querer yo? Crees que tengo menos valor que una mujer?

—No, amigo mio, todo lo contrario, sé que eres el mas valiente de los hombres; pero nada podrá escusar tu obstinacion en semejante caso. Vamos, Lorin, aprovéchate del momento y dános la alegria de saber que estás libre y feliz.

=Feliz! esclamó Lorin, tú te chanceas. Feliz yo sin vosotros! Qué diablos quieres que haga en este mundo sin vosotros, en Paris,

fuera de mis costumbres? No veros ya, no enfadaros con mis versos! Oh! no á fé mia, no.

—Lorin, amigo mio!. ..

—Precisamente porque soy tu amigo insisto tanto. Si estuviese prisionero, como lo estoy, con la perspectiva de volver á veros á los dos, derribaria las paredes; pero salvarme de aqui solo, para ir por esas calles encorvada la frente bajo el peso de un remordimiento que gritará incesantemente á mi oido: «Mauricio! Genoveva!» para pasar por ciertos bárrios y ciertas casas donde he visto vuestras personas y donde no veré mas que vuestras sombras; para llegar, en fin, á maldecir á este Paris que tanto me gusta, ah! pardiez! no, y creo que ha habido razon en proscribir á los reyes, aunque no fuese mas que por causa del rey Dagoberto.

—Y qué relacion tiene el rey Dagoberto con lo que pasa entre nosotros?

—Qué relacion? no decia ese horrible tirano al gran Eloy: «no hay compañia por buena que sea que no debamos abandonar?» Pues bien, yo soy un republicano y digo: nada debe hacernos abandonar la buena compañia, ni aun la guillotina; me hallo bien aqui y me quedo.

—Pobre amigo! pobre amigo! dijo Mauricio.

Nada decia Genoveva, pero le miraba con los ojos bañados en lágrimas.

—Echas de menos la vida? dijo Lorin.

—Si, por ella.

—Pues yo no la echo de menos por nada, ni aun por la Diosa Razon, la cual me ha hecho algunos desaguisados, y en verdad que me habia olvidado comunicarte esta circunstancia. Creo, pues, que no le costará gran trabajo consolarte como la otra Artemisa, la antigua, y asi marcharé tranquilo; divertiré á todos esos pillos que corren detrás de la carreta; recitaré una linda cuarteta á Sanson, y á Dios compañia..,es decir.. pero aguarda.

Lorin se interrumpió.

=¡Ah! si tal, dijo, si tal, quiero salir; bien sabia yo que no amaba á nadie; pero me olvidaba de que aborrecia á una persona; tu reloj, Mauricio, enséñame tu reloj.

—Las tres y media.

=Tengo tiempo, si, tengo tiempo.

—Ciertamente, esclamó Mauricio; quedan hoy nueve acusados, y el juicio no puede concluir antes de las cinco; tenemos pues cerca de dos horas á nuestra disposicion.

—Esto es todo lo que necesito; dame tu pase y préstame veinte sueldos

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué vais á hacer? esclamó Genoveva.

Mauricio le apretó la mano, porque lo que mas le importaba era que saliese Lorin.

=Tengo mi plan, dijo este.

Mauricio sacó un bolsillo de dinero y lo puso en la mano de su amigo.

—Ahora dame el pase por el amor de Dios quiero decir, por el amor del Ser Eterno.

Mauricio le entregó el pase, y besando Lorin la mano á Genoveva y aprovechando el momento en que traian á la Consergeria á unos cuantos sentenciados, saltó por encima de los bancos y se presentó en la puerta principal.

—Eh! gritó un gendarme, á dónde vas? No se puede salir.

=Toma, dijo Lorin, ciudadano gendarme, y aprende á conocer mejor á las gentes.

El gendarme reconoció la firma del escribano, pero pertenecia á esa categoria de funcionarios naturalmente desconfiados, y como precisamente en aquel momento bajaba del tribunal el escribano, acometido de un terror que no le habia abandonado desde que cometió la imprudencia de dar su firma, es clamó:

—Ciudadano escribano, aqui hay un papel con cuyo [ausilio quiere salir un particular de la sala de los muertos; es bueno este papel?

El escribano se estremeció de miedo, y

convencido de que si miraba iba á ver la terrible figura de Dixmer, se apresuró á contestar apoderándose del pase.

—Sí, si, esta es mi firma.

=Entonces, dijo Lorin, si esta es tu firma, devuélvemela.

=No por cierto, dijo el escribano rasgando el papel en mil pedazos, no por cierto, estos pases no pueden servir mas que una vez.

Lorin permaneció por un momento indeciso.

—¡Ah! tanto peor, dijo, pero ante todo es necesario que le mate.

Y se lanzó fuera de la escribania.

Mauricio habia seguido à Lorin con una emocion fácil de comprender, y luego que le perdió de vista esclamó con una exaltacion que revelaba alegria.

=Ya se salvó, Genoveva, ya se salvó; han roto el pase que llevaba, y no podrá volver á entrar, y aun cuando pudiera, la sesion del tribunal vá á concluir, y cuando vuelva á las cinco ya habremos espirado.

Genoveva lanzò un suspiro y se estremeció.

=¡Oh! estréchame en tus brazos, dijo, y no nos separemos ya. ¿Porque no es po-

sible que un mismo golpe nos hiera para que exhalemos juntos nuestro últimó suspiro?

Retiránronse entonces á lo mas profundo de la sala oscura: Genoveva se sentó al lado de Mauricio y le echó ambos brazos al cuello; asi enlazados, respirando el mismo aliento y estinguiendo de antemano en sí mismas el ruido y el pensamiento, se adormecian, á fuerza de amor, en el letargo de la muerte.

De esta suerte pasaron cerca de media hora, hasta que un gran ruido los sacò de su enagenamiento viendo entrar á los gendarmes y detrás de ellos á Sanson y à sus ayudantes, que traian un lio de cuerdas.

—Oh amigo mio! amigo mio! esclamó Genoveva, este es el momento fatal, me siento desfallecida.

—Y haceis mal, dijo la voz vibrante de Lorin:

Muy mal haceis en verdad
porque morir no es morir,
es lograr la libertad.

—Lorin! esclamó Mauricio desesperado.

=No son buenos? no es verdad? soy de tu mismo modo de pensar, desde ayer los hago detestables...

—Se trata acaso de eso? has vuelto desgraciado, has vuelto?...,

—Creo que esto era lo que habiamos convenido. Escucha, porque lo que tengo que decirte te interesa mucho, asi como à esta señora.

—Dios mio! Dios mio!

=Dèjame hab'ar, porque si nó no tendré tiempo para contártelo. Queria salir para comprar un cuchillo en la calle de la «Barillerie.»

=Y qué querias hacer con ese cuchillo.

—Queria matar con él á Dixmer.

Genoveva tembló.

—Ah! esclamó Mauricio, comprendo.

—Le he comprado. Oye lo que me decia á mi mismo, y comprenderás hasta donde llega la fuerza de mi lógica. Comienzo á creer que debia haberme dedicado à las matemàticas en vez de hacerme poeta, pero desgraciadamente ya es demasiado tarde para esto. Oye, pues, lo que me decia y sigue mi raciocinio: M. Dixmer ha comprometido á su muger; M. Dixmer ha venido à presenciar su juicio; M. Dimer no se privará del placer de verla pasar en la carreta, sobre todo, acompañàndola nosotros. Voy, pues, á buscarle en la primera fila de espectadores; me deslizaré hasta donde se

halle, le diré «buenos dias, M. Dixmer» y le meterè mi cuchillo en los hijares.

—¡Lorin! esclamò Genoveva.

=Tranquilizaos, querida amiga: la providencia lo ha dispuesto de otro modo. Imaginaos que los espectadores, en vez de situarse en frente del palacio, segun costumbre, habian dado una media vuelta á la derecha y ocupaban el muelle. ¡Calla! me dige, sin duda están viendo algun perro que se ahoga, ¿porque Dixmer no estará allí? Un perro que se ahoga hace siempre pasar el tiempo... Me aproximo al parapeto, y veo á lo largo de la orilla del rio un peloton de gente que levantaba los brazos al aire y que se bajaba para mirar alguna cosa que estaba en el suelo lanzando ayes capaces de hacer desbordar al Sena. Me aproximo... esa cosa adivina quien era:

—¿Era Dixmer? dijo Mauricio.

—Si. ¿Como puedes adivinar eso? Si, Dixmer, querido amigo, Dixmer, que se habia abierto el vientre; el desgraciado se ha suicidado, sin duda en espiacion de sus culpas.

=Ah! dijo Mauricio con sombria sonrisa, es eso lo que has pensado?

Genoveva dejó caer su cabeza entre sus manos pues estaba demasiado débil para sopor-

tar tantas emociones sucesivas.

—Si, he pensado eso, porque he visto á su lado su sable ensangrentado, á no ser.. que haya encontrado alguno...

=Mauricio, sin decir una palabra, y aprovechando el momento en que Genoveva abrumada del dolor no podia verle, se desabotonó la levita y enseño á Lorin su camisa y su chaleco ensangrentados.

—Ah! eso es otra cosa, dijo Lorin alargando la mano á Mauricio é inclinándose á su oido le dijo:

—Como no me han registrado al entrar porque dije que era criado de Sanson, he podido conservar el cuchillo y si la guillotina te repugna...

Mauricio se apoderó del arma con un movimiento de alegria pero casi al mismo tiempo se lo devolvió á Lorin diciendo:

—No, Genoveva sufriria demasiado.

=Tienes razon, dijo Lorin, viva la màquina de M. Guillotin? Un papirotazo en el cuello, como dijo Danton. ¿Y que es un papirotazo?

Y arrojó el cuchillo en medio del grupo de los sentenciados.

Uno de ellos lo cogió se lo hundió en el pecho y cayó muerto en el acto.

Al mismo tiempo hizo Genoveva un movimiento y lanzó un grito. Sanson acababa de ponerle la mano sobre el hombro.

CAPITULO X.

¡Viva Simon!

Al grito lanzado por Genoveva comprendió Mauricio que iba á comenzar la lucha.

El amor puede exaltar el alma hasta el heroismo, el amor puede contra el instinto natural impeler á una criatura humana á desear la muerte: pero no estinge en ella el miedo al dolor. Era evidente que Genoveva aceptaba con mas paciencia y generosidad la muerte al saber que Mauricio iba

á morir con ella: pero la resignacion no escluye el sufrimiento: y salir de este mundo es no solo caer en ese abismo que se llama lo desconocido, sino sufrir cayendo.

Mauricio abarcó con una mirada toda la escena presente, y con un pensamiento todo lo que iba à seguirle.

En medio de la sala yacia un cadáver, sobre el cual, precipitándose un gendarme, le habia sacado del pecho un cuchillo temiendo que pudiera servir á otros.

A su alrededor veia á muchos hombres mudos de desesperacion y que apenas fijaban la atencion en él escribiendo con lápiz en una cartera palabras incoherentes, ó estrechándose la mano unos á otros; estos repitiendo incesantemente y como hacen los locos un nombre querido, ó humedeciendo con sus lágrimas un retrato, una sortija ó una trenza de cabellos; aquellos vomitando furiosas imprecaciones contra la tirania, palabra que maldice siempre todo el mundo, y aun algunas veces hasta los mismos tiranos. Y en medio de todos estos desgraciados descollaba Sanson, menos pesado por sus 54 años que por la gravedad de su lúgubre oficio. Sanson, tan dulce y consolador como su terrible mision le permitia serlo, aconsejando á unos y animando á otros, y contestando siempre con palabras cristia-

nas á los arranques de desesperacion y á los insultos que le dirigian.

=Ciudadana, dijo á Genoveva, ya es hora de que os quiteis el pañuelo y de levantaros el cabello.

Genoveva se puso trémula.

=Vamos, amiga mia, dijo dulcemente Lorin, ánimo!

—Puedo yo hacer esa operacion? preguntó Mauricio.

—Ah! si, esclamó Genoveva, permitidselo, M. Sanson.

—No me opongo, dijo el viejo volviendo la cabeza.

Mauricio desató su corbata, caliente con el calor de su cuello, Genoveva la besó, é hincándose de rodillas delante del jòven, le presentó aquella cabeza encantadora, mas bella en su dolor que lo habia estado jamás en su alegria.

Cuando Mauricio acabó la fúnebre tarea, sus manos estaban trémulas y habia tanto dolor en la espresion de su rostro, que esclamó Genoveva:

—Oh! yo tengo valor: Mauricio.

Y volviéndose Sanson, añadió.

—¿No es verdad, señor, que tengo valor?...

=Ciertamente, ciudadana, respondió el ciudadano con voz conmovida y verdadero valor.

Durante este tiempo el primer ayudante habia recorrido la factura enviada por Fouquier Tinville.

—Catorce, dijo.

Sanson contó los sentenciados.

—Quince, comprendiendo el muerto, dijo: como es esto?

Lorin y Genoveva contaron despues de él movidos por el mismo pensamiento.

—Decis que no hay mas que catorce condenados y que somos quince? preguntó Genoveva.

—Si, preciso es que se haya equivocado el ciudadano Fouquier Tinville.

=Oh! me has engañado, dijo Genoveva á Mauricio; tu no estabas condenado.

=Por qué esperar á mañana, cuando hoy mueres? respondió Mauricio.

=Amigo, dijo ella sonriendo, tu me tranquilizas: ahora veo cuán fácil es morir.

—Lorin, dijo Mauricio, Lorin, por última vez te suplico que puesto que nadie puede conocerte á ti, digas que has venido á despedirte de mi... di que te han encerrado por equivocacion.... llama al gendarme que te ha visto salir... yo seré el verdadero sentenciado, yo que debo morir: pero tú amigo mio, debes vivir para conservar nuestra memoria; todavia es tiempo, Lorin decidete

Genoveva juntó sus dos manos en señal de súplica.

Lorin cogió las dos manos de la jóven y las besó.

—He dicho que no, y basta, dijo Lorin con voz firme. No me hableis mas de esto, ó creeré que os incomodo.

=Catorce, repitió Sanson y son quince.

Y alzando la voz añadió:

—Hay aqui alguno que reclame? Hay alguno que pueda probar que se encuentra aqui por equivocacion?

Acaso se abrieron algunas bocas al oir esta pregunta, pero se cerraron sin hablar una palabra; los que hubieran mentido tenian verguenza de mentir; el que no hubiera mentido no queria hablar.

Hubo un profundo silencio por espacio de muchos minutos, durante el cual los ayudantes del verdugo continuaron su lúgubre oficio.

—Ciudadanos, despachaos... dijo entonces la voz sorda y solemne del viejo Sanson.

Algunos sollozos y gemidos contestaron á esta voz.

=Vamos, dijo Lorin, vamos!

Quien por la pátria muere
La suerte mas dulce alcanza...

Si, cuando se muere por la pátria; pero principio á creer que no morimos por ella, sino por el placer de los que nos miran morir. Pardiez, Mauricio, soy de tu opinion.

Empiezo tambien á cansarme de la república.

—Llamad á los reos, dijo un comisario en la puerta.

Muchos gendarmes entraron en la sala y cerraron asi sus salidas, colocándose entre la vida y los condenados como para impedirles que volviesen á ella.

En seguida empezaron á pasar lista.

Mauricio, que habia visto juzgar al condenado que se dió muerte con el cuchillo de Lorin, contestó cuando pronunciaron su nombre, y entonces se vió que el muerto era el único que habia de mas entre los sentenciados.

Sacáronle fuera de la sala. Si se hubiera probado su identidad y se hubiese averiguado que era uno de los condenados, á pesar de estar muerto, habria sido guillotinado tambien con los demas.

Todos estos infelices fueron conducidos hasta la puerta, y á medida que iban saliendo unos tras otros, les ataban las manos por detras de la espalda. Ni una palabra siquiera se hablaron durante diez minutos aquellos desgraciados. Solo los verdugos hablaban y obraban.

Mauricio, Genoveva y Lorin, que no podian ya tenerse en pié se estrechaban unos

contra otros para no separarse. En seguida fueron trasladados los reos de la Consergeria al pátio, donde se ofreció un espectáculo horrible. Muchos defallecieron al ver las carretas, y los carceleros tuvieron que ayudarles á subir.

Por detras de las puertas, todavia cerradas, se oyeron las voces confusas del pueblo, y en sus rumores se adivinaba que era numeroso.

Genoveva subió á la carreta con bastante valor, ademas, Mauricio la sostenia con el codo, y subió rapidamente detras de ella.

Lorin no se apresuró; escogió su puesto y se sentó á la izquierda de Mauricio.

Abriéronse las puertas, y vióse á Simon en la primera fila.

Ambos amigos le conocieron, y despues de haberlos este visto, se subió encima de un guarda-canton, junto al cual debian pasar las tres carretas que conducian á los condenados al suplicio.

—Hola! valiente granadero, dijo Simon á Lorin, creo que vas á probar mi tranchete.

=Si, dijo Lorin, y procuraré no mellarlo demasiado para que cuando te toque la vez pueda cortarte el cuero.

Las otras dos carretas se pusieron en movimiento siguiendo á la primera.

Una horrible tempestad de gritos, de bravos, de gemidos y maldiciones estalló al rededor de los sentenciados.

—Animo, Genoveva, animo! le dijo en voz baja Mauricio.

—Oh respondiò la jóven, no echo de menos la vida puesto que muero contigo. Siento no tener las manos libres para estrecharte entre mis brazos antes de espirar.

Lorin, dijo Mauricio, Lorin, mete la mano en el bolsillo de mi chaleco y hallarás un cortaplumas.

—Pardiez! dijo Lorin, que bien me viene ese cortaplumas. Estoy avergonzado ya de ir á la muerte atado como un ternero.

Mauricio se bajó un poco á fin de presentar la altura de su chaleco á las manos de su amigo, Lorin tomó el cortaplumas y abriéndolo entre los dos le cogió Mauricio entre los dientes y cortó las cuerdas que ataban las manos de Lorin.

Desembarazado Lorin de sus ligaduras hizo el mismo servicio á Mauricio.

—Despàchate, dijo el jóven, mira á Genoveva como se desmaya.

En efecto, para verificar esta operacion habia vuelto Mauricio la espalda por un momento á la pobre mujer, y como si esta recibiera de él toda su fuerza, habia cerrado

los ojos y dejado caer su cabeza sobre su pecho.

—Genoveva, esclamó Mauricio, Genoveva, abre los ojos, amiga mia; no nos quedan ya sino muy pocos minutos para vernos en este mundo.

—Estas cuerdas me lastiman, murmuró la jóven.

Mauricio la desató, y entonces abrió los ojos y se levantó presa de una exaltacion que la hacia mas radiante de hermosura. Rodeando con un brazo el cuello de Mauricio, cogió con la otra mano la de Lorin, y todos tres, de pié sobre la carreta, teniendo á sus pies á otras dos victimas sepultadas en el estupor de una muerte anticipada, dirigieron al cielo, que les permitia apoyarse libremente unos en otros, una mirada de agradecimiento.

El pueblo, que los insultaba cuando los vió sentados guardó silencio cuando los vió de pié.

Mauricio y Lorin vieron el cadalso; Genoveva no, porque solo miraba à su amante.

Paróse la carreta, y Mauricio dijo à Genoveva con voz conmovida:

—Cuánto te amo, amiga mia, cuánto te amo!

=Primero la mujer, primero la mujer,

gritaron mil voces.

=Gracias, pueblo, dijo Mauricio: ¿quién ha dicho que eras cruel? Y cogiendo á Genoveva en sus brazos y sellando sus lábios con los de su amada, la depositó en los brazos de Sanson.

—Valor, gritó Lorin, valor!

—Lo tengo, respondió Genoveva, lo tengo.

—Cuànto te amo, esclamó Mauricio, cuánto te amo, Genoveva mia!

Podia decirse que no eran victimss destinadas al sacrificio, sino unos amigos que se solazaban con la muerte.

—Adios! gritó Genoveva á Lorin.

=Hasta la vista, respondió este.

Genoveva desapareció bajo la fatal báscula.

=Ahora tú! dijo Lorin.

—No, tu, esclamó Mauricio.

=Escucha! ella te ama.

En efecto, Genoveva lanzó su último grito diciendo:

=Ven!

La multitud prorrumpió en gran voceria al ver rodar la hermosa y graciosa cabeza de Genoveva.

Mauricio no vaciló y se precipitó sobre el terrible instrumento de muerte.

—Es justo, dijo Lorin, sigamos la lógica, me oyes, Mauricio?

—Si.

—Ella te amaba y muere primero; tu no estabas sentenciado, y mueres el segundo, yo nada he hecho, y como soy el mas criminal de los tres, muero el último.

Ved como todo se esplica
con la ayuda de la lógica.

Pardiez, ciudadano Sanson, yo te habia prometido una cuarteta, pero tendrás que contentarte con un distico.

—Te amaba, murmuró Mauricio atado ya á la plancha fatal y dirigigiendo una sonrisa á la cabeza de su amiga; yo te am...

El hierro cortò la mitad de la palabra.

=Ahora yó, gritó Lorin saltando sobre el cadalso, pero que sea pronto, pronto, porque se me va la cabeza; ciudadano Sanson, te he suprimido dos bersos, pero en cambio te ofrezco un retrúecano.

—Sanson lo ató à su vez.

—Ea, cuando uno muere es moda dar vivas á cualquiera cosa. En otro tiempo se gritaba viva el rey, pero ya nò hay reyes; despues se gritó viva la libertad, pero ya no hay libertad; pardiez viva Simon, que nos reune à los tres

Y la cabeza del generoso jòven cayó al lado de las de Mauricio y Genoveva.

FIN.

BIBLIOTECA SEVILLANA.

El Caballero de la Casa Roja, por Dumas 4 tomos.

El Conde de Monte-Cristo, por Dumas, 10 tomos con láminas.

Martin el Espósito por Sué, 10 tomos con làminas.

El Comendador de Malta un tomo en octavo mayor

Matilde ó memorias de una mujer del gran mundo, por Sué, 4 tomos.

La Jóven Regente, 2 tomos, por Masson y Tomàs.

Zanoni por Mr. Eduardo Litton Bulvver, 4 tomos.

Teresa Dunoyer, por Sué, un tomo en octavo mayor.

Elina ó Sevilla por Dentro, 4 tomos de don Cristòbal de Pascual.

Ultimos diasde un pueblo, 3 tomos.

El Hijo del Diablo, por Paul Feval, 10 tomos.

5.000
4 fora e 1 col

- AN
- LUI
- SXIX